

DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA (INVERTEBRADOS)

**Informe del jefe del Departamento, doctor Max Birabén
y profesor suplente, doctora María Isabel Hylton Scott de Birabén**

VIAJE ALREDEDOR DE SANTA CRUZ

El deseo de contribuir al mejor conocimiento de nuestro territorio y de acrecentar las colecciones del Museo, nos indujo a realizar durante los meses de febrero y marzo de 1936 un extenso viaje a la Patagonia Austral. Nuestro primordial propósito era el de reunir material microfaunístico de todas las fuentes de agua que halláramos en el Territorio de Santa Cruz, para proceder posteriormente a su estudio sistemático y la recolección de las formas animales de nuestra costa marítima comprendida entre Gallegos y Comodoro Rivadavia. Subsidiariamente nos proponíamos verificar observaciones biológicas sobre los animales de las regiones a visitar, así como traer cualquier otro material que pudiera tener interés para los demás departamentos de nuestro Instituto.

Como éste sería el primero de una serie de viajes a realizar, resolvimos principiar por la región austral dentro del continente, comprendido por los paralelos 45° y 51°, siguiendo un itinerario que coincidiría en su mayor parte con el perímetro de la Gobernación de Santa Cruz. Partiríamos de Comodoro Rivadavia hacia el oeste para entrar en Santa Cruz y atravesando el Territorio por el norte, alcanzaríamos la región cordillerana en el lago Buenos Aires. Desde aquí y con rumbo al sur, visitaríamos los lagos Gío, Posadas, Pueyrredón, Belgrano, Strobel, Cardiel, San Martín, Viedma y Argentino, para volver a cruzar el Territorio por el sur, dirigiéndonos al este, hasta alcanzar la costa atlántica en Gallegos. Volveríamos costeano al norte hasta el punto de partida (fig. 1).

Un viaje de esta índole requería para ser realizable en el término de dos meses un vehículo a motor, de un amplio radio de acción y comodidades de casa-habitación y laboratorio. Como no esperábamos que el Museo pudiera resolver este punto favorablemente, decidimos hacer construir el vehículo que necesitábamos, a nuestras propias expensas.

Creemos de interés destacar las características del coche, que estando expresamente destinado a viajes de estudio ha sido adaptado y equipado de modo de poder cumplir esa primordial finalidad.

Encargamos a la prestigiosa casa Gerónimo Gnecco la construcción de la carrocería, sobre un chasis Chevrolet, tipo ómnibus, del último modelo. La « casa rodante » tiene las siguientes medidas exteriores : largo 6 metros, ancho 2,10 y alto 2,60.

Como anexo hay cocina, heladera y toilet así como pileta y lavatorio servidos con agua corriente. Se han habilitado especialmente los espacios disponibles para los cajones de las colecciones. Las amplias ventanillas están protegidas por critales armados sobre tejido de acero para mayor seguridad.

Cajones exteriores y un baúl trasero permiten la ubicación de redes y otros implementos de pesca así como la de los repuestos necesarios.

La nafta está repartida en dos tanques con una capacidad total de 230 litros, y el agua también en dos depósitos de un contenido de 150 litros. Dos baterías aseguran una buena iluminación y el funcionamiento del receptor de radio.

Para evitar los efectos del recalentamiento de las chapas de acero exteriores, se ha colocado entre esta cubierta y la pared interior una capa aisladora de fibra prensada. Como ésta, otras muchas previsiones han sido tomadas para asegurar al mismo tiempo la máxima comodidad y eficiencia del vehículo.

Mediante la oportuna gestión del señor director del Museo, doctor Joaquín Frenguelli, que mucho agradecemos, la dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, prestó su muy valiosa cooperación al encargarse, sin cargo alguno, de nuestro traslado hasta Comodoro Rivadavia, autorizándonos, además, para usar sus embarcaciones en las tareas de rastreo del fondo marino. Fué, pues, merced a la ayuda de esa repartición que pudimos llevar a la práctica nuestro proyectado viaje.

Salimos de La Plata el 5 de febrero en el nuevo petrolero « *13 de Diciembre* », perteneciente a Yacimientos Petrolíferos Fiscales, que nos transportó hasta Comodoro Rivadavia, así como a nuestro coche. Este viaje se hizo en 76 horas. Tuvimos algunas dificultades en el desembarco del vehículo, por causa de su gran volumen y por la falta de instalaciones adecuadas en el desembarcadero. El automóvil hubo de ser descendido desde cubierta a un lanchón, luego transportado hasta el muelle e izado al mismo, operación que se efectuó no sin alguna avería; por último necesitó rocorrer 800 metros de muelle en peligroso equilibrio sobre una zorra por una línea decauville.

Felizmente todas estas dificultades pudieron ser obviadas gracias a la personal intervención del jefe del muelle, señor Gustavo Lascano, quien no sólo contribuyó con su experiencia y su mejor buena voluntad, sino que se expuso él mismo a serios riesgos. Tan accidentada y peligrosa fué la operación que por momentos llegamos a admitir que nuestra jira podía terminar allí no más. Al señor Lascano corresponde nuestro vivo reconocimiento.

Habiendo nuestro arribo coincidido con un sábado, hubimos de esperar en Comodoro Rivadavia hasta el lunes para aprovisionarnos y disponer las últimas medidas de previsión respecto al coche del que dependía nuestro éxito. Dispusimos, aprovechando esta postergación de la salida, hacer un

corto viaje por la costa hasta Bahía del Fondo, unos 60 kilómetros al sur de Comodoro Rivadavia, asiento de una lobería. Esta visita tenía para nosotros particular interés, pues como en la jira sólo llegaríamos a ese punto hacia fines de marzo, temíamos que para esa fecha los lobos hubieran dejado ya la playa. Esta excursión resultó sumamente oportuna, pues tuvimos ocasión de hacer observaciones sobre las costumbres de estos animales que no hubiéramos podido realizar un mes después, como podrá verse en el capítulo correspondiente de este relato. Además, esta salida nos permitió probar el coche en el terreno y remediar a tiempo pequeñas fallas inadvertidas hasta entonces.

El lunes 10 lo ocupamos en hacer retocar el vehículo y reparar algunos de los desperfectos sufridos en el desembarco; entre otros arreglos se dispuso como medida de prudencia agregar una chapa para proteger el gran tanque de nafta que estando situado debajo de la carrocería quedaba expuesto a la pedrea del rodado suelto que debía castigar el coche en todo el recorrido. Mientras tanto, preparábamos el aprovisionamiento para el viaje.

La partida. — La partida fué esa misma tarde, dirigiéndonos a Las Heras por el camino a Colonia Sarmiento, siguiendo a la derecha de la línea ferroviaria a este último punto. Pasamos por las instalaciones de la compañía petrolera Diadema, luego por Escalante y a unos 77 kilómetros de la salida nos detuvimos para pasar la noche. Hasta aquí el camino de carretera era excelente; atravesamos así la zona en que se puede apreciar el característico paisaje comodorense de terrazas escalonadas y cuevas, que se repiten variando a cada instante la perspectiva (fig. 2). Fué una satisfactoria comprobación la que hicimos en este primer ensayo de hotel rodante, pues debemos decir que descansamos tan bien como en nuestra propia casa.

El martes 11 a primera hora, proseguimos viaje. El atractivo panorama de la salida se va perdiendo, mientras el camino hace curvas buscando la manera de escalar las sucesivas explanadas. Así ascendemos a la Pampa del Castillo, superficie inmensa, alta, nivelada, primitiva portadora de la capa de rodados patagónicos.

Seguimos por la izquierda del ferrocarril hasta Holdich. Aquí hay dos edificios; una casa habitación y una hermosa construcción del Correo. Al llegar a kilómetro 95 de la vía a Colonia Sarmiento tomamos el desvío hacia Colonia Las Heras, ya por un camino vecinal de una sola huella, entrando en la Gobernación de Santa Cruz.

La vegetación, de tipo xerófilo, da un aspecto de desolación a la meseta; el suelo aparece moteado de matas pequeñas que salpican igualmente las lomadas hasta donde se alcanza a ver. Entre las diferentes matas hay una que se destaca por su belleza llamando nuestra atención, la «uña de gato» (*Chuquiragua aurea*). Forma grandes almohadones espinosos sobre los cuales se abren infinidad de flores de un tono amarillo de oro, que vuel-

ve suntuosa a la planta aislada, lo que no se apercibe en la monotonía del conjunto.

Son también dignas de mención las «leña-piedra», curiosas agrupaciones de plantas enanas que forman tan apretados conjuntos que se parecen más a piedras que a plantas. Aquí abunda la especie *Azorella monantha* entre otras. Las gramíneas no se extienden en manto y son tan pobres que representan un valor secundario en la vegetación, pero las plantas aisladas a veces se tupen, formando manchones claros, como es dado ver con el pasto blanco (*Stipa*). Recogemos ejemplares para el herbario.

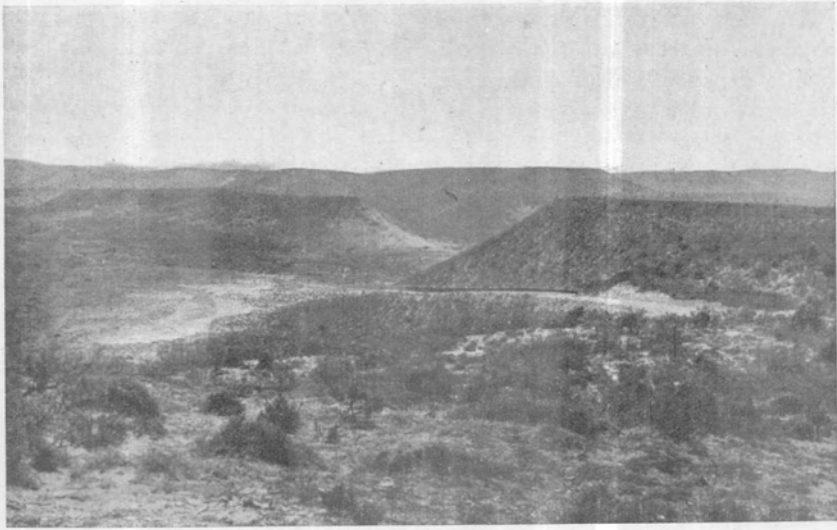


Fig. 2. — Paisaje típico de los alrededores de Comodoro Rivadavia

Pasamos por la sección La Catalina de la Sociedad Ganadera y Pastoral que administra la gran estancia la Nueva Oriental. Allí encontramos los primeros manantiales de agua dulce que se suceden con frecuencia; es nuestra primera oportunidad de hacer un reconocimiento de la fauna microscópica de estas fuentes. De cada una de ellas se tomaron muestras que están siendo examinadas y sobre las cuales no es del caso anticipar aquí conclusiones. También recogimos plantas acuáticas. (*Ranunculus cymbalaria*, *Potamogeton pusillus*).

Seguimos rodando por la misma planicie monótona cubierta por esa vegetación tan peculiar de la estepa; a veces domina la paja blanca, otras la gramínea de espigas gris-violado. Por momentos la mata mora (*Senecio filaginoides*), alterna con la mata verde (*Nardophyllum kingii*) y cambia la tonalidad del piso. En las pequeñas barrancas, en desniveles o declives se protege del viento la mata negra (*Verbena thymifolia*). La

uña de gato y la leña-piedra son otros elementos frecuentes en esta parte de la meseta.

Desde la salida de Comodoro Rivadavia hemos visto guanacos pastando cerca del camino, en tropillas de 6 a 10, a veces mezclados con las ovejas de las estancias.

Después de mediodía llegamos a Las Heras, población de la estación terminal del ferrocarril a Puerto Deseado, el más austral de los ferrocarriles argentinos. El marcador kilométrico nos indicaba un recorrido de 200 kilómetros hasta este punto. A las 16 horas el termómetro marcaba 15°C., como se ve, una temperatura ideal para viajar.

Cargamos nafta calculada para llegar hasta Lago Buenos Aires, donde sabíamos que Yacimientos Petrolíferos Fiscales tiene surtidores en que aquélla se expende al precio mínimo.

De Las Heras al lago Buenos Aires. — Salimos al atardecer para hacer noche a alguna distancia del pueblo, prosiguiendo viaje la mañana siguiente. Tuvimos un hermoso día, sin viento y con una temperatura de 20°C. a las 10 horas. Parecía haber llovido la víspera pues el campo estaba húmedo aún y había agua en la huella, pero esto en nada entorpeció la marcha.

Subimos a la pampa de Verdún y descendiendo por un cañadón arribamos al puesto de la estancia Zabala. Al abrigo de la quebrada allí prosperan hermosas matas de calafate (*Berberis heterophylla*) cargadas en esa época de frutos maduros. Esa pequeña baya azucarada del calafate, debe constituir la principal alimentación de muchos animales durante el verano, porque es abundante y la hemos reconocido en los excrementos de muchas aves, particularmente en avutardas.

Enterados de la mortandad de ovejas de esta zona, producida evidentemente por distomatosis, creímos de fundamental interés llegar hasta una de las vegas que a la distancia se apercibían. La más accesible era la del Piquillao, puesto de la estancia «La Pluma», a unos 80 kilómetros de Las Heras. Allí arribamos hacia el medio día con un hermoso sol. La casa domina un bajo, cerrado por lomadas, en el que surgen manantiales que forman un pequeño bañado, sirviendo de bebedero a las ovejas. Conversamos con los puesteros. Creían que en esa agua se desarrollaba el saguaypé y hasta nos indicaron el pozo en que pululaba el presunto parásito. Como se comprenderá se trataba del error tan generalizado de confundirlo con sanguijuelas.

Pero tuvimos la confirmación de que la distomatosis era allí endémica. Entonces buscamos con empeño en el bañado los moluscos que pudieran ser huéspedes intermediarios y hallamos sólo una especie. Hecha su revisión bajo el microscopio, en nuestro laboratorio ambulante, tuvimos la gran satisfacción de constatar la presencia de formas jóvenes, redias y cercarias, que bien podían ser de *Fasciola hepatica*. Esto será motivo de

una nota especial, vista la importancia del asunto, que afecta a los lanares, principal fuente de riqueza de la Patagonia. Fijamos material para su estudio posterior, coleccionamos caracoles (*Chilina parchappei*), recogimos algunas plantas y tomamos fotografías.

La vegetación de la vega contrasta con la aridez del contorno; ahí en el bajo, de un verde vivo, la menta florece en grandes manchas y un juncal surge del agua y hay pasto verde, en tanto las lomadas son peladas, cubiertas de rodados, con una que otra mata de vegetación : mata mora, neneo, uña de gato y algún cactus. Cerca de la casa, calafates. El sauce criollo prospera junto a los manantiales, aunque sin alcanzar gran desarrollo.



Fig. 3. — Destacamento El Pluma. En el primer plano la tumba de dos niños víctimas de la difteria

Apenas terminada nuestra labor y aprovechando el buen tiempo y el buen camino, seguimos adelante y una hora después bajábamos al hermoso cañadón del Pluma, donde nuestro coche se hundía en la espesa capa de rodado suelto. El nombre lo da el río Pluma, pequeño afluente del Deseado que dista una legua de aquí. La vista se abre sobre un gran explayado verde que es el valle del Pluma, río al que convergen los manantiales y chorrillos que bajan de las pendientes próximas en otros tantos pequeños cursos de agua cristalina y dulce. Junto a una vertiente de éstas se levanta el Destacamento de policía Paso Pluma (fig. 3) y un pequeño « boliche » donde se puede pernoctar. Los dos empleados del destacamento nos atendieron deferentemente y comunicaron a la Gobernación por radio, nuestro paso. Este punto dista 300 kilómetros de Comodoro Rivadavia.

La salida se hace por un hermoso camino, donde se puede marchar

a mejor velocidad. La vegetación cambia poco. Matorrales espinosos de un gris azulado, que reverdecen en su superficie con un claro tono oliva y tienen pequeñas flores a pétalos amarillos, el neneo (*Mulinum spinosum*); copos de un gris ceniciento, la mata mora que es la que más luce a la última luz de la tarde; lujosos almohadones de uña de gato, cubiertos de flores bravas de un amarillo hostil; de vez en cuando algún molle (*Schinus polygamus*) que aparece cargado de sus características agallas esféricas y perforadas por el insecto que las habitó, la maripósa *Cecidioses eremita* Ob. También se ven calafates, con sus frutos minúsculos de un azul negro aterciopelado.

Por este camino pudimos rodar hasta las 23 horas, deteniéndonos para descansar casi a las puertas del pueblo Lago Buenos Aires. En este último trecho de camino nocturno cruzaron nuestra huella unas 10 liebres.

En la mañana del día siguiente pasamos el río Fénix, para entrar a Lago Buenos Aires. El río tiene allí unos 10 metros de ancho por 1 de profundidad y se lo pasa sobre un buen puente de madera. La correntada es grande a pesar de lo cual sabemos se escarcha completamente en el invierno. Hay pesca en este río, pero es difícil procurarla por el motivo arriba apuntado; intentamos esta pesca pero sea por el fuerte viento u otra causa, no tuvimos éxito. Nos informaron que ese pescado tiene un marcado gusto a barro por lo que la gente prefiere el del lago. La red de plancton no retuvo ningún entomóstraco a pesar de haber dejado filtrar la corriente largo rato.

Un viejo poblador que fué peón de Francisco P. Moreno, enterado por la radio de nuestra llegada nos sale al encuentro en el camino; al asomarse a nuestro compartimiento no puede reprimir su admiración por lo que ve. Él recuerda las largas jornadas a caballo a la intemperie, los altos al descampado, los fogones improvisados en la estepa, toda la incomodidad del vivir y la lentitud para recorrer las distancias y no puede menos que comparar aquello que recuerda con esta forma nueva de viajar que no había sospechado realizable por esos parajes.

Este buen viejo al ver nuestra brújula nos dice: nosotros usamos la « brújula campera » y la describe. « Cuando en el invierno nos perdemos en la meseta, cosa bastante frecuente después de las nevadas, nos echamos al suelo y escarbamos hasta descubrir las raíces de las matas; ya sabemos que están hacia el oeste ». No hemos podido constatar la exactitud de esta observación pero nos parece interesante consignarla.

Con 380 kilómetros de recorrido entramos al pueblo, caserío que alberga unos 250 habitantes y de allí seguimos al lago distante unos 40 kilómetros. El camino es malo, además no hay ningún tablero indicador y la huella se divide a cada rato, por lo que hubimos de marchar al acaso. Avistamos al lago Buenos Aires desde una altura a la distancia; aparecía como una gran mancha azul a la que hacían fondo las montañas. El camino empeoraba al acercarnos y a la llegada encontramos verdaderos médanos de arena.

Dejamos el camino que conduce a Los Antiguos, población argentina, fronteriza y aduanera, sobre la margen sur del lago, por donde se entra a Chile Chico y costeano el lado oriental del lago después de pasar junto a terrenos bajos en que se forman anegadizos, llegamos hasta una pequeña ensenada donde nos detuvimos. La barranca nos protegía del fuerte viento reinante, que agitaba las aguas del lago en forma imponente; el oleaje levantado azotaba el islote de roca que emergía como una gran mole oscura, orlada de espuma.

Pasamos la noche del 13 de febrero en la misma playa. La mañana siguiente la empleamos en coleccionar. Se pasó repetidas veces la red de



Fig. 4. — Este pavimento natural, que parece compuesto de losas poligonales, es la superficie del manto basáltico y resulta de la segregación columnar del mismo. Barranca del extremo oriental del lago Buenos Aires.

plancton, con muy magro resultado, pues el agua es extremadamente limpia; insistimos desde distintos sitios de la costa con igual resultado y hubimos de lamentar que la falta de embarcación no nos permitiera comprobar si lejos de la orilla era también pobre su microfauna.

En la playa, que es arenosa y cubierta de rodados, crecen algunas matitas y es bastante frecuente la paramela (*Adesmia boronoides*); en los médanos abunda el molle.

Sobre la barranca tuvimos oportunidad de tomar una interesante fotografía (fig. 4) que muestra el corte del manto basáltico, como un curioso embaldosado natural. Revisamos una parte de los bajos anegados próximos al lago, donde crecen juncuales y el agua, aunque tan clara como la del lago, es quieta; su microfauna es igualmente pobre.

Terminado nuestro cometido, regresamos al pueblo por otra huella que resultó menos mala; en el trayecto vimos cantidad de avutardas, patos y bandurrias.

Del lago Buenos Aires al Gío. — Debíamos ahora poner rumbo al sur. En el pueblito Lago Buenos Aires nos reaprovisionamos y cargamos el máximo de nafta aprovechando el precio mínimo de 0,23 centavos que Y. P. F. ha fijado para sus surtidores en todo el territorio; en adelante y hasta llegar a Gallegos tendríamos que abonar los precios altos de la nafta envasada, de los escasos comercios del camino.

Dejamos Lago Buenos Aires por el bajo de los manantiales a que debe su nombre de Nacimiento, ya que se trata de las nacientes del río Deseado. Es un gran bajo ocupado en parte por bañados en el que viven numerosos patos, avutardas y teros. El camino lo bordea y es malo en esta parte, pero mejora más adelante. A la distancia, a nuestra derecha, distinguimos el límite de la gran meseta Lago Buenos Aires.

Nos detuvimos en Pajen Aike al anochecer, junto a la casa del poblador señor John Munro, que habita allí con su familia. El señor Munro nos dispensó la más calurosa acogida y nos informó de cuanto podía tener interés para nosotros, colaborando así en nuestra tarea. Estábamos a 25 kilómetros al sur del pueblo Lago Buenos Aires y con un recorrido total de 485 kilómetros.

Al día siguiente, muy temprano, hicimos una excursión hasta un volcán que dista unos 5 kilómetros del lugar, hacia el noroeste. Tuvimos oportunidad de visitar así el más hermoso cráter, descendiendo hasta el fondo de su hoyo, que calculamos de unos 100 metros de profundidad, midiendo el diámetro entre los paredones de su boca, unos 250 metros. En esta excursión recogimos algunas plantas nuevas para nuestro herbario, cola de pichi (*Nassauvia glomerulosa*), té pampa (*Satureja darwinii*), otra mata mora (*Senecio quenselii*), siendo bastante abundante la minúscula *Perezia sessiliflora* de Spegazzini. Además, cazamos algunos dípteros, himenópteros y coleópteros. Nos dificultó mucho las tareas el viento huracanado, que a pesar del lindo sol que lucía, sopló sin cesar mientras ascendíamos la cuesta.

Regresamos a Pajen Aike por cuyo valle corre torrencioso un afluente del Deseado. La lava que desde el volcán se derramó siguiendo la pendiente, se detiene bruscamente formando un paredón contra el que se desliza el río.

La casa de la estancia, próxima al arroyo, domina una amplia vega en la que se abren numerosos « menucos » o « minucos ». La palabra menuco es una palabra araucana incorporada al lenguaje corriente en la Patagonia; significa agua en el bajo suelo: de *minu* = adentro, bajo y *có* = agua. Estos pozos de agua dulce se abren aquí y allí en el bajo que es un « mallín » (del ranquel: vega o valle). Allí el suelo es poco firme, como un tembladeral cuyo peligro nos advierte el desusado verde del unquillo (*Juncus* sp). El hombre puede atravesarlo con cuidado, casi siempre, pero es sumamente peligroso

para el caballo por su pie de escasa planta y su gran peso y los vehículos deben cuidarse de no entrar ni en sus orillas.

Los menucos, que tienen gran importancia en la economía de la región, y próximos a los cuales se asientan normalmente las cabeceras de las estancias son fuentes permanentes de agua dulce, pozos con agua a flor de tierra que resultan incomparables bebederos para las haciendas. Puede haber juncal en su contorno o ser éste cortante y desnudo, dos aspectos que ilustran las fotografías correspondientes (figs. 5 y 6). El agua de estos pozos no es como podría creerse agua recogida de lluvias o deshielos; su fuente es interior, son alimentados desde la profundidad y su nivel no varía apreciable-



Fig. 5. — « Menucos » o pozos de agua dulce que se abren en el « mallín » de Pajen Aike

mente, según nos informaron. Se mantienen, nos dicen, tal cuales a través de las estaciones y los años y no se secan jamás. Su profundidad aparente es variable y su diámetro puede ser de pocos centímetros a varios metros. Pero su valor es inmenso; cuando en el invierno la nieve y la escarcha cubren el suelo, el menuco es el solo palmo que se salva de la escarcha y de la nieve. No hay nevazón, dicen, que entierre a un menuco, porque los copos, que sepultan los alambrados, se licúan en el agua siempre templada de aquél; las ovejas tienen en ellos su bebedero asegurado aún en los peores días de la estación invernal y las haciendas no mueren de sed comiendo nieve, cosa que ocurre donde no hay menucos.

Siendo el agua de estos pozos inmejorable, no es de extrañar que puedan mantener una rica variedad de formas animales entre las que se espera descubrir algún tipo interesante de adaptación. La red de plancton nos permi-

tió recoger su muy rica microfauna que será en su oportunidad cuidadosamente estudiada. En las orillas y entre el juncal de los de mayor diámetro deben anidar patos, pues hemos visto cantidad de pichones de éstos nadando sobre los menucos (fig. 6).

Este sitio de Pajen Aike fué seguramente por sus ricos manantiales, antiguo asiento de paraderos indígenas y así lo comprobamos por el hallazgo de flechas, boleadoras y restos diversos de piedra trabajada.

Por la tarde salimos de El Paje, como lo llaman también a este punto, en dirección al Valle de las Pinturas. La vegetación es cada vez más escasa ; empiezan a desaparecer los almohadones de ña de gato, luego los calafates



Fig. 6. — Otro « menuco » del mismo « mallín » de Pajen Aike. En el juncal de su orilla han anidado los patos

y van quedando sólo las matitas de pasto blanco y la cola de piche. Las ovejas se ralean y apenas se distingue uno que otro guanaco. El terreno se vuelve más y más accidentado y en trechos directamente malo.

Indudablemente fué la primera vez que un auto del tipo y volumen del nuestro cruzó el Valle de las Pinturas. Pero la vista que allí se ofrece compensa de cualquier sacrificio ; su nombre se halla bien justificado. De golpe, al llegar a una altura, se despliega el más magnífico telón de fondo que se pueda imaginar. Un valle donde el trabajo de erosión, particularmente eólica, ha creado estructuras caprichosas y fantásticas decoraciones, paredones esculpidos y moles de material disgregado. Allí el viajero se encuentra de pronto entre barrancas de color azafrán, rosado o púrpura o se enfrenta a imponentes construcciones que por su albura diríanse de mármol a la plena luz. Y cuando el sol cae, las sombras se proyectan con renovada fantasía,

complicando los efectos de las caprichosas formaciones de este valle, que parece un valle encantado, por sus cuadros a todo color (fig. 7).

La vegetación discretamente ha desaparecido, para dejar al paisaje su grandeza arquitectónica. Las matitas de gramíneas secas apenas se aperciben en este rincón del mundo que la madre tierra parece haber reservado para exponer sus muestras. Pero el camino es malo, podemos decir inandable. Es lástima que la preocupación de la huella no permita al viajero contemplar serenamente tal sucesión de cuadros como los que allí pasan cinematográficamente ante él. La noche nos alcanzó todavía en el valle. Dete-

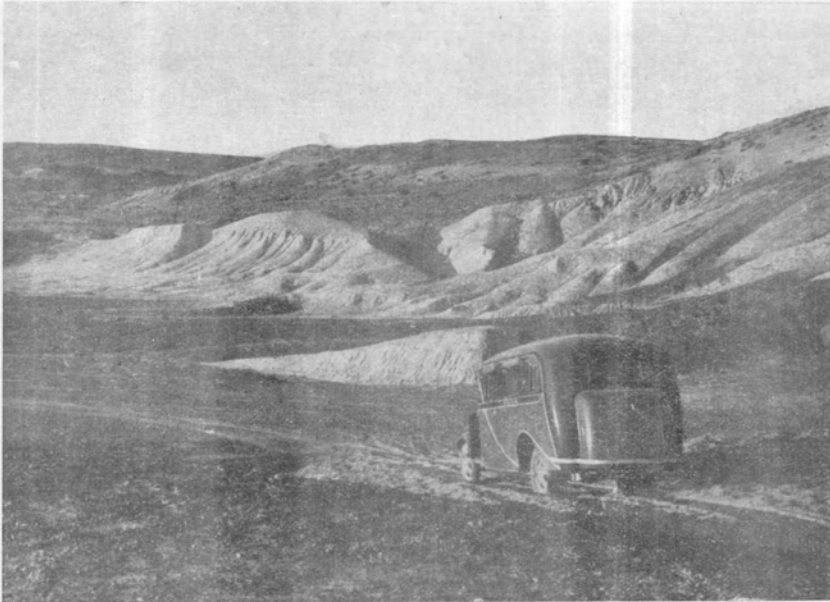


Fig. 7. — Por el Valle de las Pinturas. Notable efecto de la erosión cólica

nidos en ese sitio a la hora de cenar, las 21, tuvimos más tarde una gratísima audición. Nuestra Philco nos permitió oír con toda nitidez, Buenos Aires, Montevideo y Valparaíso.

Salimos el domingo a primera hora del Valle de las Pinturas enfrentando el San Lorenzo, enorme macizo montañoso con cumbres nevadas, que resplandecía a la luz de la mañana. En nuestro compartimiento teníamos 5 grados, pero afuera hacía mucho frío. Al llegar a la estancia Segovia dejamos el camino para tomar un desvío que atraviesa los campos de Fidalgo y Navarta, rumbo al Gío. Pronto aparece a nuestra vista el contrafuerte rocoso detrás del cual se esconde el lago. La vegetación mejora en su proximidad. Volvemos a ver altas matas de calafate y el duraznillo impone en algunos trechos el verde vivo de su follaje. Advertimos que por allí faltaban los parches floridos de uña de gato.

Llegamos al Gío a las 16 horas, con 630 kilómetros y mal tiempo. Caía una fina garúa pero nuestro ambiente se mantenía confortable, a 15 grados. Este diminuto lago es una de las mayores bellezas de Santa Cruz; parece ocupar el cráter de un antiguo volcán y al asomarnos a él, desde la elevación que lo circunda, lo contemplamos quieto, con la quietud que tiene el agua en un vaso. Sobre la otra orilla se destaca en tinte sombrío, otro paredón rocoso (fig. 8).

Desde nuestra banda se insinúa en el lago un puente natural que lo divide aunque no completamente, constituyendo dos ensenadas. Es la formación de delta que puede apreciarse en la fotografía. El agua aparece de un color

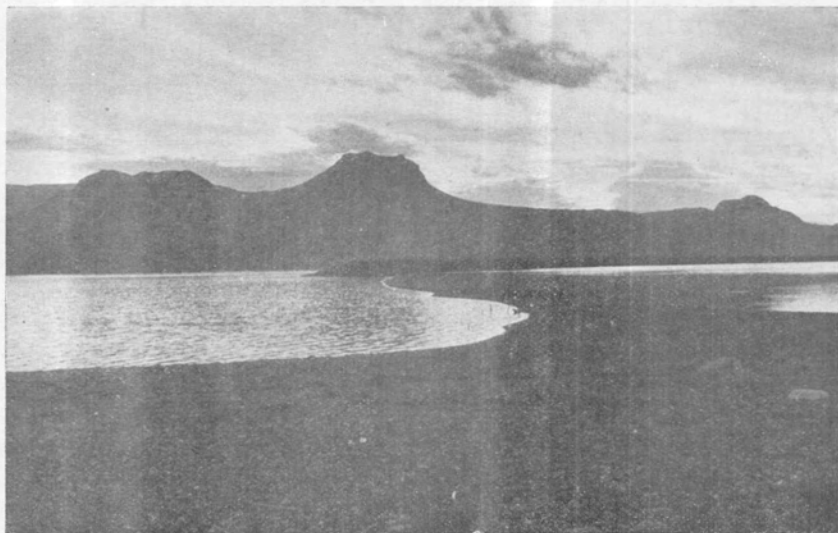


Fig. 8. — Lago Gío, al atardecer

azul celeste, tirando a verdoso pero sobre un tono muy claro. En poca cantidad es de una transparencia perfecta y en espesores hasta de un metro y medio deja ver con toda nitidez el pedregullo del fondo. La playa cae bruscamente y no se sabe qué profundidad alcanza; el receptáculo parece tener la forma de un vaso cónico pues no hay playa dilatada hacia ningún lado.

Tal es la serenidad del agua que los patos y cisnes dejan su estela en su superficie; parece muy densa y tiene un sabor repugnante, parecido al del sulfato de soda. Al bañarse en ella queda la piel de una suavidad extrema y nos dicen que si se sumerge un cuero de oveja, la lana se blanquea notablemente, pero pierde el vellón. Tomamos una muestra de esta agua tan peculiar, para practicar su análisis y nos dedicamos a investigar sus formas vivas.

Contra lo que esperábamos teniendo en cuenta la salinidad del agua y contra lo que nos habían informado algunos pobladores al asegurarnos que

en ella no había ser viviente, el agua del Gío resultó todo una revelación. Podemos decir que la pêsca fué milagrosa, revelándonos la presencia de todo un mundo de pequeños crustáceos, en una cantidad tal, que nos llenó de asombro. Gran cantidad de algas filamentosas se recogían dejando caer la red a unos dos metros de profundidad y con ellas venían numerosos anfípodos (Gammarus?). Todo ese material ha sido conservado en forma adecuada y oportunamente se procederá a su estudio sistemático.

Después revisamos la playa de arena y rodados. Entre éstos, muchos son basálticos. Además se encuentran dispersos entre ellos curiosas piedras de otra naturaleza y que llaman en seguida la atención del visitante; son las « piedras del Gío ». Se trata de concreciones de las formas más caprichosas; algunas parecen moldeadas como ceniceros, trompos, corazones o anillos, otras semejan figuras animales o humanas o placas con relieves de fantasía. Como sólo podíamos cargar un número limitado de estas concreciones a causa de su peso, nos entretuvimos esa tarde en su selección, revisando centenares. Se las encuentra incluídas con pedregullo en la barranca de conglomerado que el agua ha cortado y que bordea el lago por el lado de entrada; de allí caen a la playa y el agua las rueda y las pule. Las hay de diferente naturaleza y dureza muy variable; algunas, calizas, tienen forma de esfera, huevo o de corazón y se delaminan fácilmente mostrando su estructura. Al golpearlas se desarman en capas paralelas dando otros tantos discos o plantillas, de todo tamaño, que se pueden recoger también en el arenal de la playa. La fotografía (fig. 9) que acompaña este informe muestra diversos aspectos de estas concreciones. Regresamos al coche con el material al anochecer y pasamos la noche detenidos allí, recibiendo la descarga de una lluvia torrencial que duró hasta la mañana sin causarnos molestia alguna; por el contrario fué para nosotros una agradable variante del tiempo.

Del lago Gío al Pueyrredón. — Salimos del Gío el 17 de febrero con buen tiempo a las 13 horas rumbo al Posadas, tomando el camino a San Julián, que es el puerto correspondiente a esta zona por el que se evacúan sus productos. Como se sabe, existen muy buenos caminos transversales, que unen la zona cordillerana con los puertos de la costa atlántica que les dan salida. La región norte del Territorio utiliza el camino a Comodoro Rivadavia; a la del Gío hasta el lago Belgrano sirve la ruta a San Julián; los productos de la zona del San Martín y Viedma salen por Santa Cruz y los del lago Argentino y extremo meridional utilizan puerto Gallegos. Lo que faltan son vías de norte a sur, que no tienen objeto comercial inmediato pero que se necesitan para relacionar los grandes caminos transversales. Un tal camino longitudinal era el que nosotros necesitábamos para hacer el recorrido de los lagos y por falta del mismo nos hemos visto obligados a hacer rodeos y a salvar largos trechos a veces con serios riesgos.

Por el camino real a San Julián llegamos hasta el Bajo de los Caracoles,

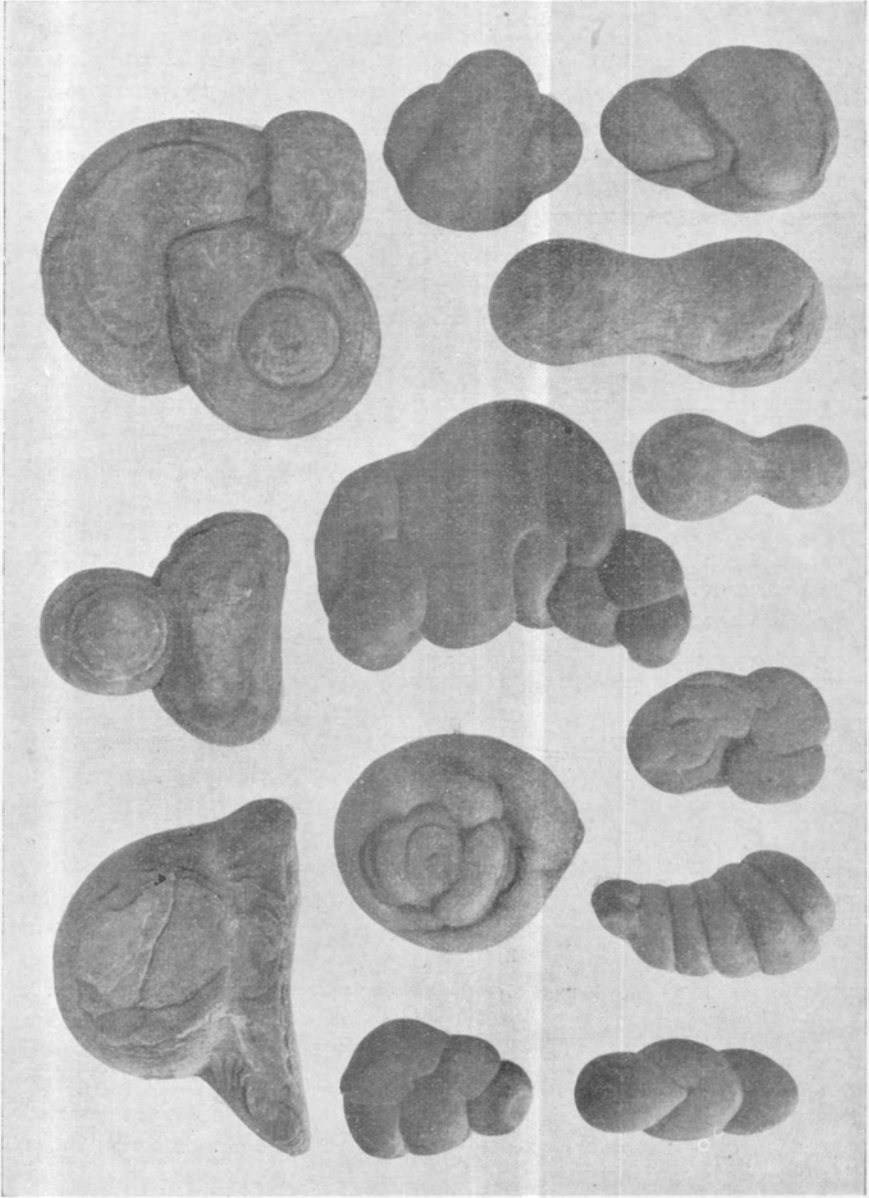


Fig. 9. — Concreciones del lago Grio

que domina el pico del Poivre con su curioso kepi. Tomamos aquí el desvío a Lago Posadas rumbo al oeste enfrentando de nuevo al macizo del San Lorenzo. La huella se pone fea, el coche patina sobre una greda jabonosa por la lluvia reciente y no podemos pasar de la estancia « El Frigorífico ». Nos toca una noche cruda, pero en ningún momento el termómetro de nuestro interior bajó de los 5°C. Fuimos recibidos y agasajados por el señor Iglesias, quien con el espíritu hospitalario que caracteriza a los pobladores de Santa Cruz nos dispensó la más cordial acogida. La radio nos hace llegar, como un regalo, noticias de los nuestros, tanto más oportunas en ese día de grata recordación familiar.

A la mañana siguiente recorrimos el lugar. Llegamos hasta el cráter volcánico que a poca distancia de la casa rompe la monotonía de la superficie nivelada. La terraza se corta en una pendiente al pie de la cual se levanta la casa a la orilla del camino. Un rico manantial desciende la cuesta y es represado para regar la quinta de grosellas, que es la fruta que más se cultiva en Santa Cruz. Nosotros hemos tenido oportunidad de ver el rendimiento de los groselleros y probar las numerosas variedades de esa fruta. Esta planta agradecida crece en los suelos más pobres y en las regiones más castigadas por los fríos y los vientos como es ésta de « El Frigorífico », así llamado por lo desapacible de la temperatura. Un poco de riego basta para asegurar la producción de este frutal, cuyo producto es un precioso recurso en la mesa familiar, allí donde no puede llegar ninguna otra fruta fresca.

En « El Frigorífico » todo el campo está minado por los tucu-tuco que abundan, pues nadie los persigue; se oye por todos lados el ruido característico de estos zapadores y se ven sus cuevas por centenares. Se reconocen éstas por sus bocas de forma circular y su pequeño diámetro no mayor de unos 6 centímetros. A pesar de notar cuevas hasta a pocos metros de la misma casa, nos dicen que no llegan a las habitaciones por temor a los gatos que les dan caza.

Entre las plantas recogidas en este sitio, apuntamos la « pichoga » (*Euphorbia portulacoides*), especie medicinal muy estimada, aunque venenosa.

Dejamos « El Frigorífico » marcando 700 kilómetros, camino del Posadas. La huella estaba mojada y se habían formado muchos malos pasos. Hasta el río Blanco sin embargo podemos decir que no encontramos ningún serio obstáculo a nuestro avance. Vadeamos esta corriente sin dificultad, pues en el paso es explayado y con fondo firme de pedregullo. El río es correntoso y el agua tan cristalina y limpia que nos complacemos en beberla llenando con ella nuestro tanque. Aquí se encuentra otro boliche que hace de posada u hotel. Después de Río Blanco se nos perdió la huella en un bajo guadaloso que tuvimos que sortear a ciegas. Felizmente se nos presentó en tal trance la providencial ayuda de un buen hombre conductor de un camión, que también se dirigía al lago Pueyrredón. Vaqueano conocedor del lugar nos sirvió de guía y de ayuda en los pasos difíciles, acompañándonos a la

ida y a la vuelta hasta el río Blanco. Mostrando el desinterés y la generosidad que son la norma en el Territorio, este jornalero se negó a aceptar la menor compensación y debemos decir que demoró su regreso sólo para poder pilotearnos.

En camino a los lagos Turbio, Posadas y Pueyrredón se llega a un magnífico anfiteatro rocoso por el que se hace la entrada a aquéllos. Hacia un lado, la formación sedimentaria se termina en un corte abrupto que el lento trabajo de erosión ha recortado en forma de castillos de arquitectura fantástica que elevan sus torres a más de cien metros sobre el nivel del valle. Del

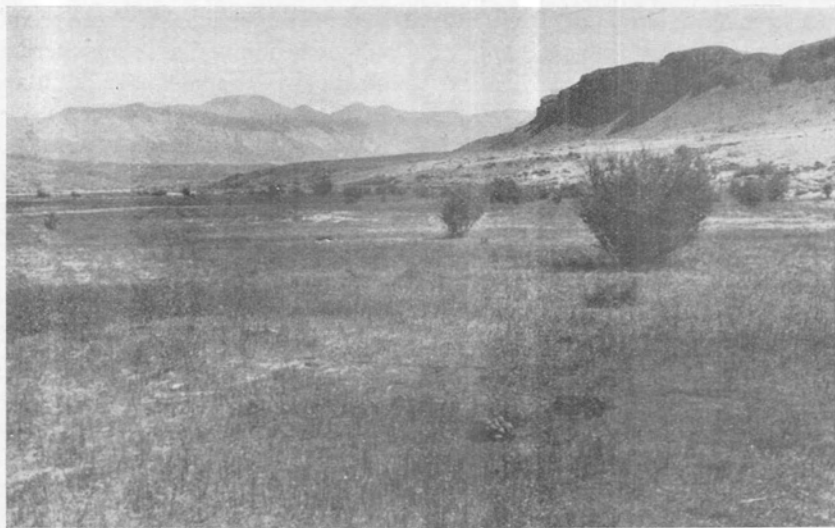


Fig. 10. — Valle de entrada al lago Posadas. A la derecha rocas basálticas de disposición columnar
Al fondo alta barranca de areniscas coloradas

otro lado, el manto basáltico se desnuda y desmenuza, prodigándose en fragmentos que se acumulan al pie de sus paredones y siembran el bajo de rodados. Esos murallones basálticos de la derecha se levantan al borde mismo del camino como imponentes empalizadas de elementos columnares verticales que se afirman y sostienen así en bloque (fig. 10). A ratos corremos por el cajón que encierran estas formaciones, luego cruzamos abras por un piso que se empeora cada vez más. Podemos decir que éste fué el peor trecho de camino que encontrábamos hasta entonces y donde el vehículo soportó la más dura prueba. Pasamos el lago Turbio, Salitroso o Sucio llamado así por el color barriento de sus aguas, tan diferente del purísimo azul del Posadas próximo.

Al acercarnos a éste, la vegetación mejora visiblemente: densos matorrales cubren literalmente el campo, son calafates, molles y duraznillos, con

otros arbustos que no alcanzamos a identificar. Llegamos al destacamento Lago Posadas, donde el subcomisario nos dió las informaciones necesarias para seguir adelante.

Era un hermoso día de sol, más bien caluroso, a pesar de la nieve caída durante la noche, nieve que cubría las cimas cordilleranas próximas y que veíamos derretirse y bajar por las pendientes. Nos dijeron que la lluvia del día anterior había sido la primera precipitación desde el mes de agosto.

Como debíamos pasar dos cursos de agua creímos prudente seguir de largo hacia los lagos, esperando detenernos algo más, una vez de regreso en este punto. Cruzamos el río Tarde sin dificultad y poco después nos hallábamos ante el Furioso, de mala fama.

El Furioso tiene una corriente de gran velocidad y se vuelca en el lago Posadas. Pronto estuvimos en la orilla de éste; lo costeamos hasta alcanzar el lago Pueyrredón donde nos detuvimos. El marcador nos indicaba que habíamos cubierto 786 kilómetros desde la salida de Comodoro Rivadavia.

Como todavía era de día y no había mucho viento, nos ocupamos en recoger material planctónico del lago. El agua es clara y muy dulce y lo mismo que en el lago Buenos Aires, reveló contener en la región costera, única que estaba a nuestro alcance, muy pocos organismos. También aquí tropezamos con la falta de embarcación para poder tomar muestras lejos de la costa. Todavía tuvimos tiempo esa tarde para reconocer la barranca cercana en procura de algún otro material (algunas hormigas y otros insectos).

Al día siguiente regresamos haciéndolo por el camino de la víspera. Tuvimos un tiempo hermoso; 13° C. a las 8 de la mañana, que pronto subieron a 21°, llegando a molestarnos el calor. Volvimos a pasar el pedregal del Furioso y vadeamos la corriente sin dificultad por otro sitio que la vez anterior. Debemos decir que este río no tiene un cauce bien excavado en el plano del bajo por el que corre. Su corriente impetuosa abre frecuentemente nuevas vías en el arenal y su caudal es de régimen muy irregular, lo que determina cambios continuos del vado y por ello dificultades para su cruce.

Pasamos luego por la propiedad señalada como Cárcamo, una quinta donde se ven álamos y sauces y se cultivan duraznos. Es éste un rincón privilegiado de la zona en que la vegetación crece lozana y las matas llegan hasta la propia orilla del lago, donde empieza un juncal. Vemos además del mollé y duraznillo (*Colliguaya integerrima*), choique-mamoel (*Adesmia trijuga*) y chacay (*Discaria trinervis*) con pretensiones de árbol. El pasto blanco no abunda, pero se intercala insistentemente entre las matas.

Volvimos a encontrar al Tarde, río fangoso y bastante excavado que presenta en ambas orillas barrancas de tierra blanda en brusca pendiente. Más adelante nos esperaba un bajo, que en parte es bañado, cubierto de gramínea, donde pacían numerosas ovejas y que cruzamos a campo traviesa. A mediodía recién pudimos llegar al caserío Lago Posadas, tal fué la lentitud for-

zada de nuestra marcha en ese trecho. La población de Lago Posadas se compone de dos familias que viven allí en un completo aislamiento, desempeñando los hombres cargos policiales de la subcomisaría. Según pudimos apreciar, las instalaciones son amplias y confortables, con buenos edificios de material; el sitio no puede haber sido mejor elegido, pues está apenas a unos 150 metros de altitud, cercado de montañas que lo guardan del viento y resulta ser el punto más abrigado de la zona. Esto permite cultivar allí tomates por ejemplo, lo que no se puede hacer en otros lugares próximos.

Del lago Posadas al Belgrano. — El mismo día continuamos de vuelta hacia el cruce del río Blanco por el mismo mal camino, tan malo que echamos 4 horas para recorrer las 7 leguas comprendidas entre Lago Posadas y ese punto. Río Blanco tiene por toda población una casa de comercio que titúlase hotel; su dueño mantiene la más hermosa quinta que hemos visitado. Para conseguir su objeto ha debido principiar por defender el plantío del viento, levantando un cerco defensivo sin cuyo requisito no es posible allí ningún cultivo. Así ha podido obtener habas, arvejas y repollos. El frío no permite cultivar zapallos, sandías ni tomates, pero en el jardín florecen en profusión arvejillas, primulas y pensamientos. También encontramos aquí grosellas, frutillas y corinto, pequeño fruto del que hacen mermeladas.

Nuestro marcador señalaba 850 kilómetros a la salida de Río Blanco. Hacemos el regreso por el mismo camino a Bajo Caracoles, pero antes de llegar a «El Frigorífico», tomamos una huella hacia el sur. Cruzamos el río Olnie y seguimos hacia la Pampa del Asador, donde nos alcanzó la noche. La gran planicie cubierta de pedregullo y rodados basálticos es desolada. Mirada a la distancia aparece dorada por las pequeñas matas de pasto rubio que la salpican y que comen las ovejas, lo que nos explica que se vean centenares de lanares no habiendo en esa llanura otra vegetación. Rematan la meseta, barrancas entre las que se abre una hondonada que forma la laguna del Asador, desgraciadamente seca en aquel momento. Detrás se levanta el cerro del Asador con sus varios picos y a lo lejos, siempre a nuestra derecha aparece la cordillera nevada con el San Lorenzo que se destaca en el paisaje por su elevación.

Salvo un pequeño trecho en el cañadón, el camino es muy bueno. Al alcanzar el río Belgrano cambiamos nuestro rumbo hacia el oeste y siguiendo por la margen izquierda, lo costeamos hacia sus nacientes. El camino bordea la alta barranca que limita el explayado cañadón en el que serpentea el río; el escaso desnivel hace que la corriente lenta siga un curso sumamente sinuoso, trazando numerosas curvas que pueden contemplarse desde lo alto. En algunos trechos el camino se acerca en forma impresionante hasta pocos metros del corte casi perpendicular de la barranca que cae a pique hasta una profundidad que calculamos en unos cuarenta metros.

Seguimos orillando la pampa de la Chispa; nuestro termómetro había

bajado por la mañana dentro del auto a 7° C. lo que nos recordó que estábamos en una alta meseta. Por la tarde tuvimos la máxima de 19° C. siempre dentro del coche. El suelo es apenas ondulado; de vez en cuando negros murallones rocosos nos cortaban la perspectiva y junto a ellos veíamos acumularse el material de ciclópeos desmoronamientos. Llegamos a un bajo, dilatado circo, que cubre espesa capa de ceniza volcánica, desnudo completamente de vegetación. Un cráter sobresale en este pequeño desierto cercado por cordones y juntos al que se amontonan escorias y cenizas.

En el boliche del lago Belgrano cargamos nafta, al precio de 45 centavos el litro y continuamos hacia el lago. Pasamos la estancia del señor Elbourne y nos dirigimos a « La Oriental », de Alejandrino Núñez, último lugar accesible a nuestro auto, sobre esa ruta, pues siendo ya camino de montaña, siguen los faldeos y presenta de continuo laderas peligrosas, en algunas de las cuales estuvimos a riesgo de volcar.

Al anochecer del 20 de febrero, en lo alto del cordón nos detuvimos a la entrada del valle con el marcador señalando 1019 kilómetros de marcha desde Comodoro Rivadavia. Esa noche dentro del auto tuvimos apenas 4°C.

La mañana del día siguiente pudimos contemplar el magnífico panorama del lago Belgrano, encerrado entre montañas nevadas, con rincones sombreados por el lujoso follaje del roble cordillerano. El agua del lago, de un claro azul verdoso, contrasta con el de una laguna próxima. Nos llama la atención este detalle y nos detenemos a examinar ambas fuentes (fig. 11). El agua de la laguna, que es turbia, tiene un color greda tirando a rosado; es marcadamente salobre al gusto y reveló mantener una rica fauna microscópica, tanto que debe exclusivamente a ella, la marcada tonalidad rosada que hemos apuntado. Este embalse natural está separado del lago, propiamente dicho por un puente de sólo 150 metros de ancho, que cruza el valle y que por su escaso relieve debe ser fácilmente cubierto en la época de los grandes deshielos. Sin embargo el agua del lago es de una cristalina diafanidad y pureza; no contiene sustancias térreas en suspensión y su microfauna, prácticamente nula, contrasta con la de la laguna contigua.

La salinidad de la laguna, quizá por el aporte del agua dulce del lago, es discreta y permite que sea utilizada como bebedero para purgar la hacienda.

Empleamos la tarde en recorrer el valle a la derecha del cordón en que nos habíamos detenido, por el cual corren manantiales, que favorecen el desarrollo de un tapiz de gramíneas tiernas y juncos, cuyo verde se revela a la distancia y se destaca desde las alturas circunvecinas. Los días más desapacibles nos tocaron en el Belgrano y el viento no paró un solo instante. De vez en cuando caía lo que allá llaman chaparrones: gotas ralas de agua muy fría que más parece nieve soplada por la ventisca de las cumbres inmediatas.

En un pequeño arroyo tributario del lago que corre delante de la casa de la estancia « La Oriental », pescamos algunos Galaxias, curioso pez que resiste

los extremos rigores del clima de esta región y tiene una asombrosa vitalidad según pudimos comprobarlo. Al frente se levanta la masa oscura de la montaña próxima por cuya falda trepa el monte de *Nothofagus*; a medida que nos aproximábamos la mancha verdinegra se enfocaba mejor, hasta mostrarnos las siluetas de los árboles y el dibujo fino de la trabazón de su follaje. Una calandria cantaba y sin ningún recelo nos dejó acercar hasta unos dos o tres metros de distancia. Su confianza nos indicaba que conocía poco al hombre.

Regresamos de esa excursión pasando por la gran quebrada donde los



Fig. 11. — Vista de un brazo del lago Belgrano, separado por un estrecho puente natural de la laguna contigua

ricos manantiales se vuelcan formando arroyuelos y mallines, luego salvamos el cordón en que se asienta la casa y mil metros más lejos y sobre una colina, nos esperaba nuestro auto. Ya de noche preparamos los diferentes materiales reunidos: muestras de agua, plantas y alguna ave que hubo que preparar.

Dejamos proyectada para el siguiente día, 22 de febrero, la realización de una excursión a caballo en busca de fósiles, a cordones de la cordillera próxima. Aquí es el momento de recordar la valiosa ayuda prestada por el poblador señor Alejandrino Núñez, quien con toda deferencia y máximo desinterés permitió la realización de nuestros propósitos. No sólo nos faci-

litó los medios para hacer esa excursión sino que se prestó personalmente a servirnos de guía. A él le debemos igualmente una cantidad de informaciones que apreciamos de valor y nos permitimos señalar muy particularmente su nombre, como uno de los buenos colaboradores con que puede contar el Museo en el lejano Territorio.

Como no podíamos demorar nuestra estada en el Belgrano por lo apremiante del tiempo, salimos a pesar de ser aquél un día notoriamente frío y ventoso. La excursión fué sumamente provechosa, pues tuvimos oportunidad de visitar interesantes afloramientos de capas fosilíferas jurásicas, reco-



Fig. 12. — Aspecto del crestón de Paso de Aguila, en el lago Belgrano. Las bolas dispersas son concreciones conteniendo ammonites ; también se encuentran en este antiguo fondo de mar numerosos fragmentos de estos fósiles y de Belemnites.

giendo un rico material. Ante la extraordinaria riqueza de estos depósitos marinos que nos ofrecían un número incontable de ammonites diversos y Belemnites, sólo hubimos de lamentar que nuestros medios no nos permitieran llevar más que un reducido número de aquéllos y los más chicos. Ha de tenerse en cuenta que se trataba de objetos muy pesados y que cargándolos, debíamos bajar esas cumbres por cuestas empinadas. Los había en centenares y de tamaño muy variable, desde no mayores que un puño hasta de más de 50 centímetros de diámetro. Se encuentran incluidos en material calizo, con el carácter de bolas de cemento a superficie generalmente agrietada, desparramadas en la cumbre del crestón y rodadas por su ladera (fig. 12). La fotografía ilustra de la manera más exacta la presentación natural de estos fósiles de un mar mesozoico cuyo fondo levantó el ple-

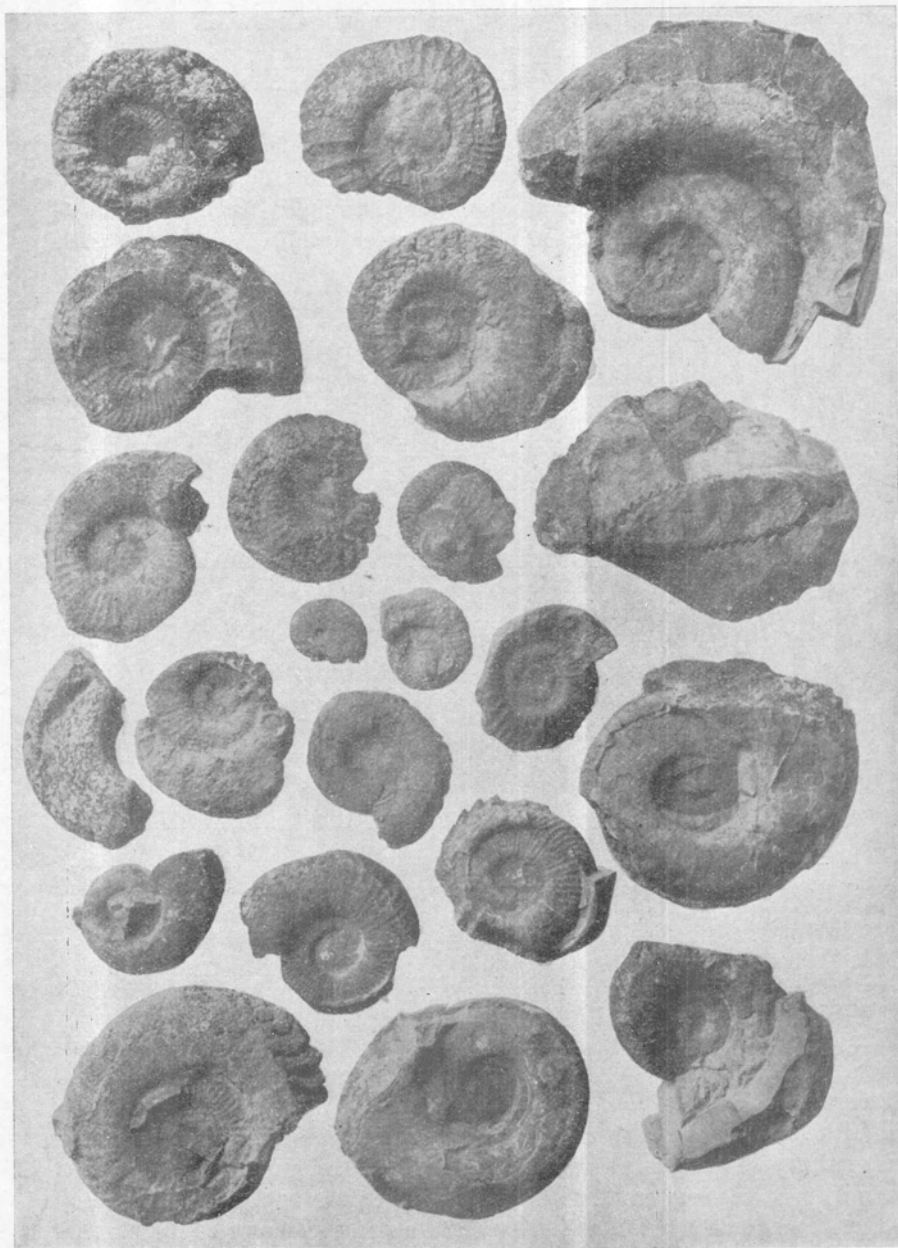


Fig. 13. — Algunos de los ammonites de Paso de Aguila, en lago Belgrano

gamiento andino. La figura 13 muestra algunos de los ammonites recogidos.

Antes de descender tuvimos oportunidad de pasar la red de seda en tres o cuatro lagunitas o charcos, que mostraron una microfauna relativamente rica, en la que predominaban los Copépodos; en una de ellas recordamos haber visto lenteja de agua en cantidad. Asimismo, nos procuramos en esta excursión numerosos ejemplares de plantas andinas que no crecen en el valle. Todas ellas son pequeñas, de escasos centímetros, pero que hunden en el piso pedregoso una desproporcionada y poderosa raíz. La multilla, aquí y allí, salpicaba el suelo con su frutito rojo llamativo. El vien-

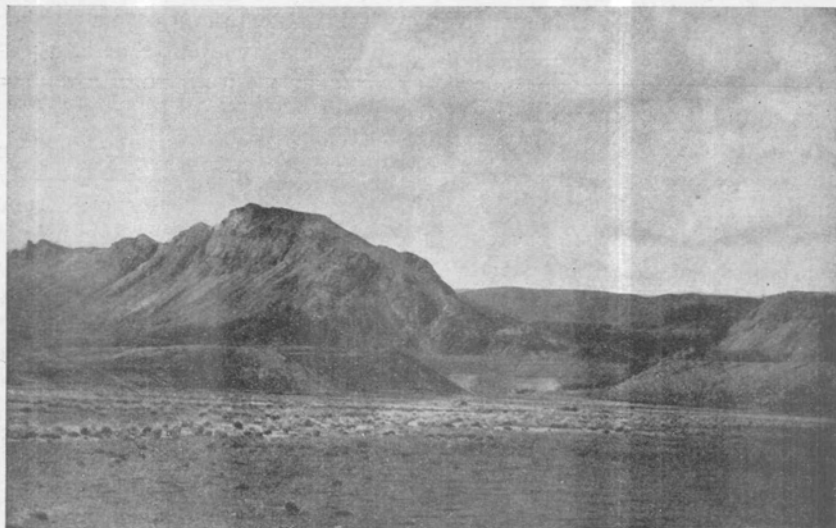


Fig. 14. — Cerros porfíricos de Paso de Aguila, lago Belgrano, donde tiene su hábitat la vizcacha de las piedras. En el fondo el cordón de donde fueron recogidos los ammonites

to castiga demasiado esas laderas y sólo al llegar a la falda encontramos el primer montecito de *Nothofagus*. Son árboles bajos, pues no pasan de unos tres metros de altura, a tronco retorcido y follaje extendido en especie de palmas, como para mejor exponerse a la luz. Chingolos y calandrias animaban el monte aquella tarde.

Nos detuvimos junto a un peñón en que anidan los cóndores, roca de pórfido cuarcífero de la que se desprenden fragmentos, que forman una enorme acumulación de material suelto a su pie (fig. 14). Allí tiene su hábitat la vizcacha de la cordillera (*Lagidium morenoi*) curioso mamífero de nuestra fauna al que tuvimos oportunidad de observar en su medio. Vive escondida entre las piedras y tiene un porte de ardilla, a lo que debe el nombre que corrientemente se le da allí.

De regreso en casa del señor Núñez fuimos obsequiados con varias pieles

de puma cazados por él en los mismos lugares que acabábamos de visitar, lo que nos informó sobre su relativa abundancia y el gran tamaño que alcanzan en aquellas regiones. Asimismo nos obsequió un lindo y valioso ejemplar de pichón de cóndor que se encuentra actualmente en el Jardín Zoológico de La Plata.

Llenos de satisfacción por lo que nos fué dado ver y cargados con una abundante cosecha de material valioso, regresamos a nuestro alojamiento, establecido en lo alto de la colina por la que se hace la entrada al lago. Desde ahí se puede contemplar todo el valle; la vegetación nos indica que nos encontramos en la zona de transición entre la meseta y la zona húmeda del oeste, típica de la precordillera. La mata verde y la mata negra muestran su mayor lozanía; entre ellas se intercalan uña de gato y diversas especies de leña-piedra. En rincones protegidos puede verse calafate y duraznillo. En vano se buscará un molle; parece haber exceso de humedad para esta especie vegetal. El monte que se apercibe en la lejanía y el verde vivo que tapiza la hondonada, dan especial atractivo al paisaje que resulta riente y acogedor más que ninguno. Finalmente, la nieve que se asoma desde las cumbres cercanas, corona y remata los perfiles que cierran el horizonte y agrega una belleza más al cuadro que contemplan los ojos fatigados de extensión, que lleva el viajero después de cruzar los páramos de las mesetas niveladas.

Del lago Belgrano al Cardiel. — A la salida del lago Belgrano vimos la más numerosa tropilla de guanacos encontrada hasta entonces y que estaba compuesta de 31 individuos. Pasamos la estancia «Lago Belgrano», situada frente a un cerro nevado del que se precipitan numerosos chorrillos hacia el bajo. A nuestra izquierda la pampa del Aguila que termina en un corte abrupto, lleva un festón de nieve; nuestra ruta sigue por las playas o faldeos, resolviendo en sinuosidades las alturas. La vegetación se va raleando y sólo de vez en cuando apercibimos algún ramo de mata verde que constituye la única nota viva en el fondo descolorido y uniforme. Soplaban fuerte viento, pero adentro la temperatura era agradable.

Hicimos el paso del río Belgrano sin inconveniente; esta corriente lleva agua turbia, removida; no tenía más de 10 metros de ancho en aquel momento. Más expuesto resulta el paso de un zanjón que cruza el camino allí cerca y que es necesario salvar sobre un puente precario.

Aquí debemos decir que no habiéndolo forma alguna de seguir directamente hacia el sur por interponérsenos la inmensa meseta de la Muerte, tuvimos que hacer un gran rodeo, desviándonos hacia el este, por el camino a Cañadón León. Nuestro programa comprendía la visita al lago Strobel, muy próximo al lugar en que nos encontrábamos, pero debimos renunciar a tal propósito en vista de los informes sobre la imposibilidad de llevarlo a la práctica por falta de camino. Además nos quedaba de por medio el río Chico.

Seguimos pues el curso del mismo río Belgrano bordeando la barranca costera en dirección a Tamel Aike, llegando al comercio de «Las Horquetas»

a las 20 horas. El edificio en ese lugar desolado llama la atención; es una hermosa construcción en piedra que da espalda al viento y se protege contra una mole rocosa. Hacia un lado queda la plataforma sobre la cual corre el camino, formando un primer estrado, dominado al fondo por un segundo estrado que forma la meseta. Del otro lado se repiten ambos escalones constituyendo el superior la meseta del Cardiel.

Con 1130 kilómetros nos detuvimos frente al destacamento de Tamel Aike, unas casas de adobe crudo, blanqueadas a la cal, en cuyo pequeño jardín florecían dalias y jazmines. Cien kilómetros atrás habíamos dejado el lago Belgrano; rodamos algo más e hicimos noche.

La mañana siguiente seguimos hacia Cañadón León donde llegamos hacia mediodía, con 1238 kilómetros. Debíamos cargar nafta al máximo y sabíamos que allí había surtidores donde podríamos conseguirla al precio de 28 centavos el litro. Esta era la primera población que encontramos desde Lago Buenos Aires; posee juzgado, correo, escuela, varios comercios, algunos buenos edificios en piedra y aloja a unos 200 habitantes; su importancia radica en ser el único núcleo de población entre la zona cordillerana y la costa, sobre el camino a San Julián, que es una ruta comercial de importancia. El camino es bueno en general.

Reaprovisionados volvimos atrás por la misma ruta en busca de un paso para el río Chico, que creíamos poder cruzar en el lugar denominado Espina Chico, con ayuda de una balsa. Este río Chico tiene unos treinta metros de ancho en ese punto y lleva una corriente rapidísima que lo vuelve imponente. Soplaban un viento huracanado, lo que decidió al balseiro a aconsejarnos no emplear la balsa para efectuar el vado. No tuvimos, pues, más remedio que lanzarnos a probar directamente el paso, confiando en que el fondo firme, que no veíamos, fuera uniforme y nos ayudara a llegar a la orilla opuesta. Con el viento y la corriente a favor, segando, así pudimos hacerlo.

Desgraciadamente nos esperaba allí un trecho muy malo, a lo largo de una extensa vega, perteneciente a la estancia « La Angostura », cosa nada sorprendente, ya que tal ruta no figura como camino en ninguna carta. Salvado este accidentado tramo, costeano mallines y haciendo equilibrio en laderas forzosas, llegamos al puesto de la estancia « Las Tunas ».

Desde la casucha se abarca el bajo lleno de menucos, que limita al fondo la barranca al pie de la cual nos dicen corre el río Chico. A pesar de hallarse en el mismo valle y muy próximos a este río, los menucos de « Las Tunas », no parecen tener comunicación con él, pues quedan invariables con las crecidas y bajantes del mismo. Se ha tratado de utilizar estos manantiales ensayando la cría de nutria (*Miocastor coypus*), pero hasta ahora ha sido sin resultado porque los animales no resisten los fríos rigurosos de esa zona a la intemperie.

Pasamos esa noche en el mismo cañadón a poca distancia del puesto, para continuar camino a la mañana siguiente, dejando atrás la casa de la

estancia « Las Tunas », en dirección al lago Cardiel. Seguimos una cuesta entre barrancos y llegamos a una pampa, terminada en la lejanía por los cordones que se han ido abriendo. El suelo cubierto de rodado, no mostraba otra vegetación llamativa que uña de gato, que daba un tinte verde aceituna al campo en esa zona. De vez en cuando, donde había un declive, una depresión, una grieta, ahí se veían surgir matorrales de mata negra, que no se aguantan en la llanura descubierta.

Con 1346 kilómetros arribamos a la estancia « Tres Lagunas », del señor Morrison, quien tuvo la gentileza de informarnos sobre el camino a seguir para llegar al Cardiel. Salimos pues en busca de este lago, corriendo sobre una llanura donde pronto, y a pesar de las indicaciones, equivocamos la huella, pues ésta se abría varias veces a diferentes rumbos. Así llegamos a la estancia « Cañadón Molinari », establecida sobre el cordón que limita la llanura sobre la cual rodábamos. La casa, situada en lo alto, domina esta llanura, hasta el límite del horizonte. Un contratiempo nos demoró aquí el resto de ese día. Tuvimos entonces nueva oportunidad de apreciar lo que vale la cálida acogida, la ayuda oportuna y el espíritu desinteresado y solidario del hospitalario poblador santacruceño, en la estancia del señor Antonio Juárez, quien puso su casa y su persona a nuestra disposición, lo que nos complacemos en recordar.

Dejamos Cañadón Molinari la mañana del miércoles 26 de febrero, después de cargar nuestro tanque con el agua que brota del manantial próximo a la casa. Nos dirigimos al Cardiel atravesando por el límite del lote 6, que está consignado como Concentración Indígena. Son pocos los indios que van quedando; su desconfianza respecto al blanco ha hecho que se aislen en colonias dentro de las tierras que se les ha fijado, lejos de sus vecinos, evitando todo tráfico y vinculación con el exterior. Sólo los hombres salen de sus tolderías y es para llegar hasta el boliche en que, a cambio de una manta de guanaco, pieles de zorrino o una capa de plumas de avestruz, trabajo de las mujeres, recibirán algunas provisiones y una buena cantidad del peor vino. Y al regreso al toldo, de nuevo quedará cerrada la frontera. La miseria hace presa de la familia indígena y la mala alimentación, la bebida y la poca higiene hacen el resto, diezmando su población la tuberculosis. El pasado invierno han sido tantos los caídos víctimas de ese mal, que los indios han creído llegado el momento de quemar los toldos de cuero de yegua, que fueron la vivienda ancestral de los de su raza y se han resuelto a hacer ranchos de material. Así asistimos, con la extinción de su raza, al último de sus renunciamientos y podemos ver las primeras casas de adobe y ladrillo, construidos por ellos en sus propios aduares. Tal es la condición en que viven los « paisanos », como se les designa a estos indígenas, pues que se sienten lastimados si se oyen llamar indios. Y en verdad que no merecen este nombre esos seres olvidados en la meseta del Cardiel, atrincherados allí, presas de un miedo infantil hacia el progreso que avanza cerrando oídos a toda voz que venga de afuera y pueda significarles un cambio.

Hacia mediodía llegamos al lago Cardiel con 1398 kilómetros de recorrido. Solamente se levanta un pico en su contorno, es el cerro Las Coloradas, que da nombre al establecimiento ganadero allí situado. En la lejanía, la cordillera se asoma en un cerro nevado. El lago, mirado en conjunto, es de un color francamente verdoso; el agua es repugnante al paladar, con gusto al agua de Janos, pero las ovejas y guanacos la beben a falta de otra mejor, según nos lo indicaban los numerosos rastros de pisadas que se ven en la arena de la playa. Esta es amplia y con una pendiente



Fig. 15. — Muralla de basalto que se levanta al lado del camino saliendo del lago Cardiel

insignificante, lo que nos parecería indicar que este embalse no tiene mucha profundidad.

En la orilla misma del agua, la playa es de tosca dura que se resquebraja como piedra y alterna en trechos con fango arenoso. Más lejos del agua, los rodados forman una capa de aproximadamente un metro de espesor, por lo que mostraba un zanjón excavado por un desagüe. Nos llamaron la atención estos rodados, por sus formas y colores muy variados. Además se ve aquí y allí manchones oscuros, producidos por fragmentos de rocas volcánicas.

En una masa de tosca de la ribera, tuvimos oportunidad de recoger numerosos individuos de una especie de neurópteros, cuyas larvas se crían en el lago. Este delicado y pequeño ser alado, por uno de esos contradictorios diseños de la naturaleza, está destinado a vivir expuesto a todos los rigores, recogido en los resquicios de piedra que recalienta el sol, y castiga el viento y el oleaje. Nos entretuvimos un par de horas en nuestro trabajo

y dejamos el Cardiel el mismo día, por el camino que lo costea por su lado este, en dirección al sur.

La vegetación se compone de algunas gramíneas, calafate, mata verde, mata mora en menor cantidad y alguno que otro molle. Además, anotamos uña de gato y un cactus; en algunos parajes de la playa, una pequeña hierba carnosa, parecida a la verdolaga, forma grandes planchones rosados y finalmente la diminuta y bonita *Perezia recurvata*.

A poca distancia de la salida del lago, nos encontramos con un crestón basáltico que al fragmentarse ha producido grandes amontonamientos de escombros. Los bloques desprendidos, de color rojizo tostado, se acumulan en desorden como los sillares de una vieja construcción abandonada (fig. 15).

Luego nos toca rodar un trecho por médanos que molestan bastante, haciendo pesado el andar. Sobre ellos crece una tupida vegetación arbustiforme.

Del lago Cardiel al San Martín. — A pesar de los médanos podemos decir que el camino había sido discreto, pero después nos esperaban pendientes, desniveles y zanjones que dificultaban nuestra marcha a medida que avanzábamos. Teníamos que pasar el guadal de Freire, gran bajo con piso blando, desierto sin un rastro de vegetación. Felizmente no había llovido y nuestro coche pudo sortear con felicidad ese mal paso.

Ascendimos a una pampita desde la cual enfrentamos al cerro Moro y seguimos andando aprovechando de la última hora de luz del día para salir del mal camino. En realidad éste no era un camino, era una cortada que hacíamos para evitar una gran vuelta que hubiéramos tenido que dar de seguir la única ruta trazada que lleva por Laguna Grande a Piedra Clavada y que nos hubiera significado algo más de 200 kilómetros de marcha. Deseábamos ir al lago San Martín, situado al oeste del Cardiel, pero para alcanzarlo, necesitábamos dirigirnos al sud-oeste hasta el río Chalia, llegado al cual debíamos tomar rumbo al noroeste.

Optamos, pues, con los riesgos consiguientes, por cortar camino, siguiendo las malas huellas del tráfico entre las estancias y así logramos llegar después de una jornada de las más trabajosas hasta la de Dionisio Arroyo, hacia el final de la cuesta por la que se asciende a la pampa de La Lucía. Ya en plena obscuridad seguimos un trecho más y llegados a la pampa alta, nos detuvimos para cenar y pasar la noche.

El siguiente fué un hermoso día de sol; el termómetro marcó 10°C, que ascendieron a 15°C, a las 10 de la mañana. Por un milagro no soplabla viento, lo que hacía más agradable aquel ambiente.

La pampa de La Lucía es un inmenso llano enarenado; desde el camino se divisa a cada lado la proyección de la terraza que lo encierra y en cuyo borde se destaca el oscuro festón del manto de lava que la cubre. La huella es buena y ese trecho es un consuelo y una compensación por el tramo anterior.

En una hondonada, a la derecha del camino, existe una laguna que nos

detuvimos a examinar procurándonos muestras de su microfauna. La tarea resultó bastante ingrata pues el piso de ese embalse al parecer constituido por greda y cenizas es blando y resbaladizo, pero pudimos constatar que una gran cantidad de formas prosperaban en tal medio, por lo que nuestro trabajo no resultó perdido. Algunos de los insectos coleccionados provienen de esta localidad.

La vegetación es rala y miserable; una que otra plantita de gramínea y leña piedra, alternando con cola de piche y alguna otra especie vegetal que pasa desapercibida por confundirse con la general tonalidad del piso y como un extra, la mata negra. Un tal paisaje, bajo la clara luz de un día de verano, se agranda en su soledad y resulta como un escenario vasto y grandioso. De vez en cuando sorprendíamos algún piño de ovejas que se apacentaba en esa estepa y no podíamos menos que preguntarnos frente a un tal cuadro de pobreza vegetal extrema, cuál era el milagro que hacía prosperar a esos rebaños. Y no es sólo la oveja la que engorda con estas minúsculas y ralas hierbas, sino también el guanaco que comparte con aquélla los escasos dones de la tierra. Allí vimos tropillas hasta de doce animales vagando en libertad.

Las aves parecen escasas por esa zona y sólo apercibimos algunos aguiluchos fuera de la «corralera», pajarito que tiene como el ataja-caminos del norte, el porfiado empeño de asentarse en la huella, delante del coche. Abundan las lagartijas, de las que coleccionamos ejemplares de varias especies.

Hicimos alto, a la una de la tarde, para almorzar todavía en esta pampa; luego iniciamos el descenso por cañadones y hondonadas en las que tuvimos oportunidad de reconocer otras lagunas. El piso cambia continuamente; por momentos es blando y agrietado, cubierto por espesa capa como de ceniza; luego reaparece el pedregullo y se vuelve firme y se intercalan trechos con acumulación de escombros y escoriales.

Llegamos frente al cerro Bagual; es un lugar de desolación y desamparo. Barrancas desmoronadas, hondonadas yermas, lomadas sobre las cuales parece haber caído un diluvio de piedras; piedras y fragmentos negruzcos de indudable procedencia volcánica y la perspectiva esta vez cerrada por elevaciones y accidentes.

Pasamos junto a un barranco, cuyas capas horizontales muestran su proceso de sedimentación; luego la erosión ha trabajado esos materiales hasta estructurarlos en las formas más variadas y caprichosas (fig. 16).

Poco más lejos perdimos la huella y fuimos a rematar a una perforación abandonada. Necesitábamos llegar al valle del Chalia y por fin conseguimos bajar al mismo, tras los últimos sobresaltos de la jornada, al descender una pendiente muy larga zigzagueando por laderas escabrosas. Un grupo de álamos que apercibíamos a nuestra izquierda nos permitió ubicar la posición de la casa de la estancia «Los Cerros», de Claudio Waring, sobre el río Chalia o Shehuen.

Aquí veníamos a encontrar el camino al lago San Martín que corre por

el cañadón de Shekaike. Cruzamos el río y lo remontamos por su margen derecha hasta detenernos para hacer noche junto a unos menucos del borde del camino, que nos brindaron algunas plantas nuevas para nuestro herbario y muestras de crustáceos de esos manantiales, que recogimos al amanecer siguiente.

El camino allí mejoró algún tanto y nos llevó por un desvío hasta la casa



Fig. 16. — Efecto original resultante de la erosión eólica. La arena soplada por el viento ha atacado con frecuencia las partes blandas de la formación, excavando agujeros y modelando y puliendo esta « tinaja ».

del poblador señor Carlos Lange, sobre el río meseta. Este curso de agua baja de la meseta del Viento y se vuelca en la laguna Tar. En esa época estaba cortado, pues sus vertientes son pobres y se alimenta principalmente de los deshielos, época en que nos dicen corre torrencialmente. Entonces se desborda y riega todo el bajo; a esto se debe que la vegetación sea buena en el contorno. Lindos copos de mata negra, unquillo y plantas de mata mora cuajadas de flores amarillas, así como gramíneas de varias clases cubren el suelo. De las pequeñas hoyas de su cauce interrumpido obtenemos algunos galaxias.

En la pequeña casa del Tar, fuimos obsequiosamente atendidos por el señor y la señora Lange. Fueron dos amigos más a anotar junto a los muchos que hicimos en la jira y que son otros tantos simpatizantes de la obra que realiza el Museo de La Plata. Desde el remoto rincón del territorio que habitan, ellos están dispuestos a colaborar en la medida de sus posibilidades, con informaciones o elementos a su alcance.

La casa está protegida por la ladera de la terraza que limita el valle; cerca hay un «tchenque», donde se pueden recoger puntas de flechas y otros restos de industria indígena, que atestiguan que por allí hubo un paradero

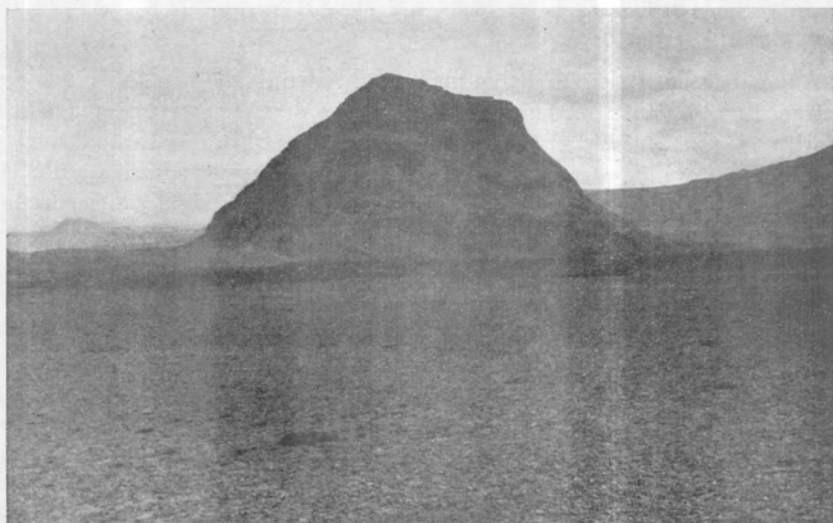


Fig. 17. — Cerro Kachaiké

de indios. No más de un cuarto de hora tardamos para llegar a pie al borde de la laguna.

La laguna Tar es muy explayada y de aguas bajas; su fondo es fangoso y el agua muy turbia. A 50 metros de la orilla no hay más de cinco centímetros de profundidad, lo que dificulta el manejo de la red. No obtuvimos material alguno en este embalse y constatamos una verdadera pobreza de vida. Quizá por la característica señalada, el agua de esta gran laguna está más que ninguna otra sujeta a extremas variantes de temperatura. En invierno cuaja en masa, según nos lo aseguran los Lange, desde cuya casa se oyen, como truenos o estampidos fragorosos, las roturas de la capa de hielo; entonces pueden verse enormes bloques que a la distancia semejan témpanos. Cuando llega el estío, se funden y el agua se recalienta por su exposición al sol. Condiciones tales parecen ser poco propicias para la propagación de las especies que pudieran habitar esos medios.

Marcando 1563 kilómetros dejamos la estancia Tar, rumbo al lago San Martín, que es decir al noroeste. Pasamos el río Tar y enfrentamos el cerro Kachaíke, el cual, como una imponente roca oscura, dibuja su silueta de cono truncado asentado sobre la planicie que cruza el camino (fig. 17). Es como un monumento simbólico levantado en esa plaza natural para que fijemos el recuerdo de los que merecieron no ser olvidados. Y el recuerdo de Francisco P. Moreno se nos ata a la roca. El fué el primero que visitara estos caminos y revelara la escondida belleza de esos paisajes que hablaron a su corazón de patriota. Y ese peñón, irguiéndose en aquel llano, era como su símbolo; armonía y grandeza en la piedra como en el hombre.

Aquella tarde el tiempo había mejorado, no soplando viento, lo que era extraordinario. Arribamos a «La Federica», gran estancia sobre el lago San Martín, al anochecer, sin mayores inconvenientes. Fuimos cordial y calurosamente acogidos por el dueño de casa, señor Ziegler, administrador de la estancia, quien respondiendo a las normas de la tradición santacruceña, nos brindó amistosa hospitalidad.

La mencionada estancia ha levantado sus instalaciones sobre un brazo del lago, dominando una hermosa vega, en que el verdor del piso denuncia los permanentes manantiales que alimentan el mallín. En efecto, todo el bajo está ocupado por un juncal lozano, que hacia el extremo se deja cruzar aunque no sin riesgo por la blandura de su piso, pero que se continúa hacia adentro en la laguna permanente que lo mantiene inundado. Por eso los edificios han sido encaramados sobre las elevaciones a uno y otro lado, protegidos por los murallones rocosos que limitan el valle. El contraste entre estos contrafuertes de piedra rojiza, con el verde vivo del tapiz del bajo es llamativo y se realza por la amplia perspectiva, cerrada a lo lejos por el cordón montañoso manchado de nieve (fig. 18).

Dejando nuestro coche al resguardo de la estancia, hicimos una excursión a los alrededores, lo que nos llevó gran parte del día, regresando con el material recogido a nuestro alojamiento. En esta excursión se inspeccionó la microfauna de la laguna en diversas zonas hasta en su comunicación con el lago. El agua es transparente y límpida como la del lago mismo y con menor movimiento que aquélla por su escasa profundidad y por la presencia del juncal mencionado. Nos informaron que viven en ella ciertos peces, pero no conseguimos obtenerlos a pesar de nuestro empeño.

El monte que cubre las faldas y trepa las montañas, baja en esta parte hasta la misma orilla del agua. Los últimos árboles (*Nothofagus antarctica*) se alinean en la ribera y flanquean el lago; todos están atacados por el hongo *Cyttaria darwinii*, que les provoca enormes tumores sobre los cuales el parásito desarrolla extrañas excrescencias. Algunos han caído definitivamente al agua o al fango y otros muchos, secos, esperan la misma suerte en pie. Es realmente lastimoso el espectáculo que ofrece ese monte luchando

con las plagas y resistiendo las inclemencias de un clima cruel; sus ramas retorcidas y quebradas muestran el estrago que el viento y la nieve hacen en ellos. Parece un monte que va a menos, camino de desaparecer.

Sobre las lomadas nos llaman la atención matas hermosas de neneo, las más grandes que hemos encontrado en la jira; el lugar parece ideal para esta especie. Forma altos setos espinosos de más de un metro de altura y dos de diámetro, lo que es extraordinario. Otras muchas plantas recogidas mostraron la comparativa riqueza del lugar en especies vegetales respecto a la de las mesetas vecinas. Esta abundancia floral añadida a la belleza del lugar había impresionado a Moreno, quien lo describe como una región

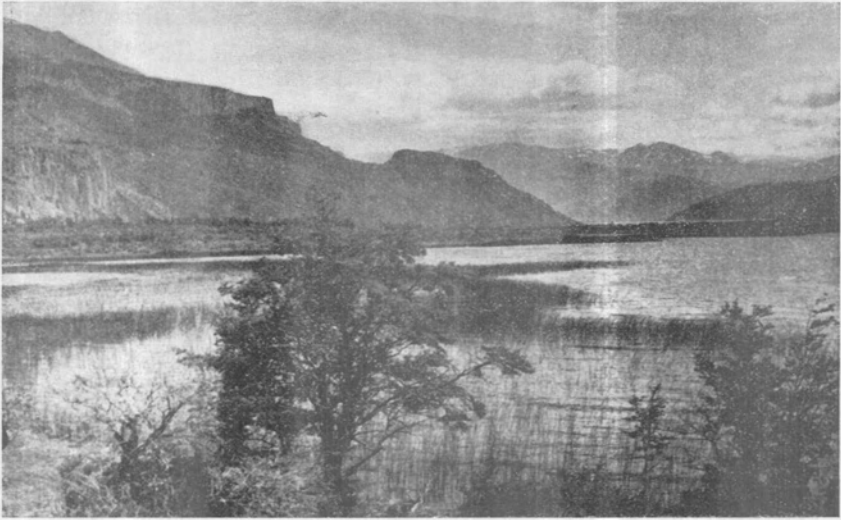


Fig. 18. — Panorama del lago San Martín. En primer plano algunos *Nothofagus*

sin semejanza con el resto del territorio patagónico y más parecido a un paisaje alpino.

Antes de dejar este punto hicimos una excursión al río de los Fósiles, que baja de la meseta a volcarse en el brazo Chacabuco. Este río es un torrente de agua cristalina que se precipita por una pendiente de gran inclinación. Después de visitar la altura de que descende, llegamos hasta el lago en el lugar de su desembocadura y conseguimos nuestro propósito regresamos a la estancia.

En la mañana siguiente del domingo 1° de marzo dejamos el San Martín con 1614 kilómetros. Arribamos de vuelta a casa de nuestros amigos Lange hacia el medio día, es decir que empleamos unas tres horas para rodar 40 kilómetros, detalle que puede dar una idea de las condiciones de la huella. La amabilidad de los dueños de casa nos retuvo allí el resto de ese día y

partimos de la estancia « Tar » al amanecer del siguiente, volviendo a recorrer el cañadón de Shekaike, hasta « Los Cerros » ya sobre el Shehuen o Chalia. En el camino tuvimos oportunidad de revisar algunas lagunas, que revelaron la presencia de filópodos anostracos del género *Branchinecta* que posiblemente representan una especie nueva.

El Chalia tenía un caudal que cubría unos diez metros de anchura. Su fondo es firme y plano y el agua cristalina, con un ligero tinte lechoso en masa. Esta corriente ha excavado su curso en una plataforma, dejando a ambas márgenes, barrancas a pique. Al pie de estos paredones blanquean los esqueletos de guanacos, tal vez despeñados desde la altura.

Aquel día disfrutamos de una temperatura ideal, 15° como máxima dentro del auto, a nuestro arribo a Piedra Clavada. De ahí seguimos derecho al lago Viedma; al alcanzar el extremo oriental del lago tomamos la ruta que lo costea por su lado norte. Pasamos la estancia « La Primera », atravesando por una hermosa zona de bañados y grandes lagunas que nos entreteuvieron algunas horas y fuimos a detenernos ante el río De la Vuelta que nos impidió seguir más adelante. El marcador señalaba 1823 kilómetros recorridos.

El macizo del Fitz Roy, domina en aquel sitio como una catedral su plaza y el hielo azul del glaciar que baja al lago, hacen del que teníamos al frente, uno de los imborrables cuadros cordilleranos. Dejamos con sentimiento aquel rincón maravilloso para regresar por la misma ruta. Atravesamos el río Blanco, con unos 5 metros de ancho y escaso caudal felizmente y luego la zona de lagunas. Gran cantidad de aves viven entre los juncales de este lugar: teros, patos diversos, cisnes de cuello negro, avutardas; además vimos bandadas de tordos. Sin detenernos en « La Primera » continuamos, atravesando el río Cangrejo y al anochecer, arribamos con 1900 kilómetros de recorrido, a Punta del Lago, donde existe un hotel. En él fuimos muy deferentemente atendidos por la familia Brodersen la que nos suministró una muy completa información sobre asuntos de interés zoológico referidos a esa zona.

Del lago Viedma al Argentino. — Dejamos Punta del Lago la mañana siguiente de nuestro arribo, dirigiéndonos al sur, hacia el lago Argentino. De paso tocamos el río Leona en un lugar próximo a su nacimiento en el Viedma. Quizá aquel sitio en que nos detuvimos era el mismo desde el cual el fundador de nuestro Museo, bautizara la corriente, con un nombre que quedaría para siempre ligado a su recuerdo. Porque este río Leona, que comunica los lagos Viedma y Argentino, tomó su nombre del de la puma que, a sus orillas, atacó al desprevenido viajero que salvó milagrosamente de aquel trance. Con la emoción de esta evocación contemplamos el río que fué testigo de aquella escena, desde la barranca ribereña y desde donde mejor se percibe el contraste entre el azul verdoso de sus aguas con el tono pardo desteñido de las colinas del fondo.

El Leona es un río caudaloso, el más grande de los cursos de agua hasta ahora encontrados en nuestra ruta y alcanza a una anchura que calculamos en unos 100 metros en aquel punto. Sólo hay posibilidad de cruzarlo mediante balsa, y así puede llegarse al destacamento policial Río Leona próximo al cual el Observatorio Astronómico de La Plata está estudiando la conveniencia de instalar una estación para la observación del cielo austral. Lamentamos que la víspera de nuestro pasaje por ese lugar el astrónomo, señor Nissen, se hubiera ausentado ya de regreso.

Dejamos el Leona, al que se llega por un desvío y seguimos camino al lago Argentino subiendo a una alta meseta. Por esa zona vimos avestruces en tropillas pero anotamos que los guanacos son más escasos. En el camino recogimos algunas lagartijas de las que a cada momento se nos cruzaban.

Fué éste, de todos, el peor trecho que debimos pasar. La huella se pierde en cañadones, de los que se sale por laderas peligrosas. El paisaje es de desolación. La vegetación queda en partes reducida a una alfombrilla miserable de cola de piche y otras menudas matas que no visten el suelo.

Los paredones de piedra descompuesta, que flanquean a trechos el camino, alternan con amontonamientos de rocas fragmentadas. Por todas partes el manto basáltico y entre el pedregullo, los rodados del mismo material tan abundante, a veces, que forman aquí y allí manchones oscuros que se tomarían por descargas de carbón.

Con cuidado extremo entramos por la garganta que lleva al valle de la meseta, llamada de Fernández, por la ubicación del establecimiento de Fernando Fernández, sitio éste que podemos señalar como directamente peligroso, por los accidentes del terreno. Hemos sido sin duda los primeros viajeros que se hayan aventurado por tal meseta con un coche de un tan gran volumen como el nuestro y ha sido con verdadera fortuna que hemos logrado sortear los numerosos obstáculos que tan pródigos se suceden por aquellos parajes.

Creímos prudente pedir informaciones sobre el camino de más adelante en la casa de la estancia, aunque conocíamos por experiencia la poca utilidad y exactitud de estos datos. En efecto, hemos podido comprobar que las indicaciones son siempre vagas y optimistas, lo que debemos atribuir a que, viajando los ovejeros generalmente de a caballo, no tienen una idea exacta de los accidentes que para el jinete pasan inadvertidos, pero que para un auto pueden ser insalvables. Nos ocurrió que nos indicaran « como un billar » un camino que resultó un verdadero castigo y otra vez se nos previno sobre una cuesta brava que nunca pudimos reconocer, pues después de haber subido y descendido diez empinadas pendientes, estábamos sin saber si había pasado la de la referencia. No existen tampoco indicadores en ninguna parte, de modo que se marcha a ciegas y no siempre se arriba a donde se desea. Por este motivo extraviarnos más de una vez la senda. Así nos ocurrió, por ejemplo, poco después de la salida del Viedma. Camino haciendo, de repente, nuestra huella se abrió en la soledad de una hondonada. Ni un

tablero ni un alma a muchas leguas a la redonda. No tuvimos más recurso que optar, al acaso, por una de las dos y fuimos a detenernos en las barrancas del Leona, donde el camino terminaba. En ninguna parte del recorrido encontramos tantas dificultades como en este trecho del Viedma al Argentino. A veces hubimos de elegir entre el mallín del bajo y el accidentado y tortuoso sendero de una cuesta y nos vimos en una ocasión en el trance de bajar una lomada a campo traviesa, saltando sobre las matas, cuesta abajo, por la imposibilidad de franquearla de otro modo ya que el camino del faldeo, por su desnivel, nos amenazaba con un vuelco seguro. Por fin nos detuvo un arrenal cerca ya del Santa Cruz donde perdimos $3/4$ de hora para desencajar.

A las tres de la tarde llegamos a la orilla del gran río que nos recordaba la estupenda proeza de Moreno. Por aquí, por esta misma orilla pasó en 1877, sirgando el bote que piloteaba infatigable Estrella y que impulsaban contra la corriente, a fuerza de remo y de coraje dos marineros criollos.

No fué la ballenera de Moreno la primera que trazó su estela en este magnífico e imponente curso de agua que desde el lago Argentino al Atlántico corre dividiendo al territorio; en 1834 Fitz Roy hizo el primer ensayo de remontarlo, en tres botes livianos tripulados por 18 marineros del *Beagle*. Por allí pasó la sombra imperecedera de Darwin. Sin embargo nada lo recuerda. Es como si esa su Tierra Maldita, no lo hubiera perdonado. No hubo aquí ni un peñasco para hoarar su nombre y hacer memoria de su ruta en nuestra tierra. Y no podemos menos que pensar que quizá alguna de las piedras que pisábamos formaron un día el fogón con que el creador de la Teoría de la Descendencia marcó su paso por nuestro país, en su famoso viaje alrededor del mundo. Darwin no consiguió llegar a la naciente del río, no conoció el lago Argentino, pues la expedición, desanimada, regresó a la vista de lo que Fitz Roy llamó Llanura del Misterio, sin sospechar que en ella se escondía el lago. Recién cuarenta años más tarde (1873) Feilberg, con un bote ballenero y cinco hombres, superó el *record* y logró dejar nuestra bandera flameando al tope de un remo, clavado en el médano a la entrada del lago y encerrado en una botella, que guardó la arena, el documento de aquel acontecimiento. Estos testimonios de la primera exploración fueron recogidos por Moreno, cuatro años después cuando llevó adelante el reconocimiento de la región austral del territorio argentino. Magnífica hazaña la de él y sus hombres que lograron llegar al « Agua Grande » (Lago Argentino) desde la isla Pavón, en que se embarcaron, en treinta jornadas empeñadas en avanzar contra la corriente impetuosa. Su fuerza y velocidad son tales, que en 23 horas y media, según cuenta Moreno en su libro, desandó, aguas abajo, el camino hecho en un mes, aguas arriba. Basta mirar el Santa Cruz en el rápido de Charles Führ, para valorar aquella prueba, prueba de voluntad y de coraje, servida por un auténtico patriotismo.

De estos hechos y estos hombres nos hablaban las apuradas aguas que nos cortaban el camino como invitándonos a recordar. Qué diferencia de entonces al presente... Refiere Moreno en su diario: « la lluvia ha descargado sobre nosotros y nos ha mojado completamente, a pesar de las cuevas que cada uno ha formado en los intrincados troncos de los arbustos, precaución que no olvidamos cada vez que el tiempo nos amenaza. Al despertar, cada uno se encuentra convertido en isla, rodeado completamente por el agua y apenas podemos levantarnos, pues nos encontramos sumidos en la tierra guadalosa ».

Y allí llegábamos nosotros en confortable coche pullman, protegidos no



Fig. 19. — La balsa para el cruce del río Santa Cruz en el paso de Charles Führ

ya sólo del temporal sino del frío, del calor y el viento, contemplando el paisaje al través de los cristales, mientras esperábamos terminaran las maniobras de la balsa que debía transportarnos a la orilla sur (fig. 19). ¡Honor a aquellos que con su esfuerzo y sacrificios nos permitieron llegar a esto!

El río tiene en el paso de Charles Führ, unos 200 metros de ancho. Aquella tarde no soplaban viento y brillaba un hermoso sol que nos daba 26°C. adentro. Nos embarcamos junto con el coche, y la balsa, después de zafar de la arena, se deslizó a través del río siguiendo el cable tendido banda a banda. En diez minutos llegamos a la otra orilla. Aprovechamos este cruce para lanzar la red del plancton; la microfauna resultó muy pobre.

La vegetación a ambas márgenes del río por lo que pudimos observar en

este sitio nos ha parecido igual, contrariamente a lo que hemos oído mencionar. La gramínea coerón y las matas de calafate se tupen algo quizá en la proximidad del agua, tanto en la margen norte como en la otra, pero no llegan a cubrir el piso de las barrancas que muestran su suelo de pedregullo tan desnudo como la meseta misma. Fuera de esta relativa mayor abundancia de matas, no se aprecia la influencia benéfica del agua sobre la flora ribereña, que conserva el mismo carácter xerófilo que tiene en la estepa.

El camino a partir de aquí es muy bueno; por él circulan todavía como en otro tiempo lo hicieran por todas las rutas del país, carretas de bueyes. Nos cruzamos con uno de estos convoyes que no parecen tener prisa. La humilde caravana pronto se perdió en la distancia pero fué uno de nuestros gratos encuentros en el inacabable camino desierto. Nos anticipaba la proximidad de una población. Pasamos el río Perro, donde buscamos algún material.

Con 2040 kilómetros entramos en Calafate, la población argentina sobre el más meridional de nuestros lagos en el continente. Nos resulta hermoso nombre el de esta villa tomado de la planta regional más característica y vinculada a viejas leyendas del país.

El pueblo de Calafate se compone de unas cincuenta casitas, asentadas al pie de las sierras de Las Vizcachas, dando frente al lago y sobre el río de su mismo nombre. El lugar es de lo más pintoresco y parece muy bien resguardado del viento, según lo pudimos comprobar en nuestra corta estada. Su importancia puede ser dada por el detalle de ser asiento de juzgado de paz, comisaría y escuela pública; hay además hotel y varios comercios. Cuenta con iluminación eléctrica y su población no es inferior a 150 habitantes. Un médico está radicado en este punto y atiende toda esa zona. Es el doctor Formenti, joven profesional platense que deseoso de ser útil cumpliendo con su humanitaria misión, ha sabido prestigiarse en ese remoto lugar. El nos saluda de llegada y se presta amablemente a informarnos sobre todo lo que nos interesa; esa misma tarde nos acompaña hasta la laguna próxima que es nuestro primer objetivo.

Pasamos el río Calafate, un arroyo serrano recortado entre barrancas. Su agua límpida y el lecho arenoso invitaban al baño, pero la temperatura del agua era muy baja, aún en aquel día caluroso en que tuvimos 24°C. La microfauna fué muy pobre, tanto en el río como en el bajo anegado junto al lago.

De regreso esa noche se dejó planeada para el día siguiente una excursión hacia el lago Rico, que no es más que un brazo del Argentino. Aquí nos corresponde agradecer al doctor Formenti y al Juez de Paz señor Juan Valls, quienes fueron los organizadores de ese programa. Acompañando al señor Valls, que puso a nuestra disposición su pericia de conductor y su coche particular, salimos la mañana siguiente, por el camino que costea el lago por su lado sur.

Pasamos delante de la estancia « La Anita », donde pudimos contemplar ya un magnífico paisaje cordillerano. El piso, suavemente ondulado, ostentaba un tapiz verde vivo y hacia el frente, muy próxima, se levantaba la cordillera Buenos Aires con sus cimas nevadas.

Llegamos luego a la estancia del señor Payne, de donde nos dirigimos al lago Roca (fig. 20). Entramos entonces en la zona del monte de *Nothofagus*, tomando fotografías de diversos aspectos del mismo. En ningún otro lago de Santa Cruz el monte es tan fácilmente accesible al viajero como en éste, ya que el mismo camino de las estancias costeras atraviesa zonas de él. La aparición de los árboles sorprende, porque el bosque surge repentinamente



Fig. 20. — Un paisaje del lago Argentino al que hacen fondo los cerros nevados

en el paisaje. Allí vemos por fin tierra negra que con la humedad del medio permite el crecimiento de plantas que no habíamos encontrado hasta entonces. Se desarrollan helechos y musgos y de las ramas de los árboles penden epífitas y parásitas, que les dan un nuevo aspecto. Los *Nothofagus* alcanzan una corpulencia y frondosidad como no la hemos visto en otra parte; algunos profusamente adornados por líquenes colgantes, expresivamente llamados « barba de chivo », ostentan además abultados manojos de « ramoneda » (*Myzodendron punctulatum*) parásita muy común del *Nothofagus*.

Llegados al lago Roca, atravesamos el canal que lo comunica con el Rico, por una pasarela construída por un antiguo aserradero, y visitamos la « isla », pequeño parque natural que ha quedado encerrado entre canales. Es un rincón encantado en que se puede apreciar toda la belleza de la

selva austral. El piso, sombreado por tupidos enramajes, se cubre de hojarasca y musgos que prosperan en esa atmósfera de humedad y frío, formando una especie de fieltro embebido de agua que se exprime al caminar.

Puesteros lugareños nos dicen que numerosas aves animan este monte en la época propicia, pero desgraciadamente no pudimos constatarlo. Dejamos el lago Roca, para seguir hacia el extremo del canal sur, llegando hasta la estancia « La Gerónima », donde tuvimos ocasión de reunir algún material. Regresamos entonces, deteniéndonos en la estancia del señor Payne, donde se nos esperaba a almorzar, a las 4 de la tarde; destacamos este detalle para mostrar hasta dónde llega el espíritu de amable hospitalidad de los pobladores de Santa Cruz, que se empeñan en atenciones hacia el visitante.

Salimos nuevamente siguiendo el mismo camino de la ida; el bosque se ha perdido, pero atravesamos verdaderas praderas que en nada se parecían a los áridos paisajes de las mesetas; campos verdes y de vez en cuando alguna laguna, que nos entretuvo de paso, ponían su nota de atracción. Poco antes de llegar de vuelta a la estancia « La Anita », tomamos un desvío del camino que lleva a la estancia « Cerro Buenos Aires », y nos detuvimos en el hotel Río Mitre, a la entrada de la península Magallanes. Allí baja el río Mitre con sus límpidas aguas de la montaña próxima (Cerro Buenos Aires) y resbala al pie de una pendiente que el monte de hayas cubre de un manto verdinegro.

Esta península Magallanes con alturas desde las que se domina el lago y los canales, en una región de bosques y glaciares, fácil de limitar y accesible, es entre los lugares visitados por nosotros uno de los que reúnen condiciones de excepción para ser conservado como parque nacional.

Uno de los detalles que más nos sorprendió en ese trayecto de Río Mitre al pueblo fué la abundancia de liebres (*Lepus europaeus*). Fueron varios centenares los que se nos cruzaron en el camino dándonos la medida de su extraordinaria propagación en esa zona.

Del lago Argentino a Gallegos. — Lamentando que la premura del tiempo de que disponíamos no nos permitiera una estada más larga en Calafate, que nos hubiera posibilitado la realización de provechosas excursiones por el contorno, nos despedimos de nuestros amigos y partimos para Gallegos. La salida fué de mañana el día 7 de marzo; el indicador kilométrico consignaba 2058 kilómetros. El camino sube una empinada cuesta a la salida del pueblo y la vista de éste se pierde allí nomás, con el paisaje del valle. Con 2071 kilómetros pasamos frente a las construcciones de la estancia « Quien Sale » a la derecha del camino y 9 kilómetros más adelante encontramos el río Perro. Es una pequeña corriente sobre la que se ha construído un puente que no utilizamos por precau-

ción ya que podíamos efectuar el cruce por el vado. Llevaba un caudal de agua insignificante entonces. Pasamos luego el río Bote por el puente. El nombre de este arroyuelo lo dió Moreno, que quiso recordar el bote de su hazaña. El lugar es interesante por conservar los rastros del hielo del período glacial; hasta donde llegaron, según autorizadas opiniones, los ventisqueros del segundo período glacial patagónico, conforme indican las morenas, y es citado por Reichert, en los resultados de su expedición a la Patagonia Austral, como un sitio en que se pueden apreciar todos los efectos del hielo. Pasamos sin detenernos subiendo poco más adelante una empinada cuesta por la que se asciende a la meseta; nos encontrábamos de nuevo en la llanura inacabable, sin otra perspectiva que las conocidas matas de la estepa.

Dos interesantes lagunas tuvimos oportunidad de visitar, con características y fauna propia cada una. La primera, fangosa, nos proporcionó los primeros filópodos conchostracos que teníamos oportunidad de recoger; en la otra, con piso firme de pedregullo y piedras fragmentadas, de agua cristalina, abundaban los Copépodos.

La noche nos sorprendió llegando a Esperanza con 2220 kilómetros. Desde nuestra salida de Calafate no vimos ni un guanaco, ni un piche y solamente unos pocos avestruces. En cambio notamos una gran cantidad de caranchos; casi todos los postes están ocupados y también se los ve junto a las matas reposando en familia; la corralera es el único pájaro que apercibimos y lo hallamos en cantidad levantándose del camino a nuestro paso. Al terminar una bajada que desciende por una garganta arribamos al destacamento Gobernador Mayer pasando frente a los edificios de una gran estancia antes de llegar al boliche de «Las Horquetas»; este nombre proviene de su situación en el lugar de confluencia de los dos brazos del río Coyle. El camino sigue por el faldeo de la barranca que se levanta a la derecha mientras a la izquierda, se extiende la vega del Coyle; en ella se ven numerosos pequeños cursos de agua, charcos y bañados con profusión de juncales y plantas acuáticas, que con detenimiento revisamos. Poco más adelante dejamos la vega del Coyle subiendo de nuevo a la meseta por dos cuestas que ascienden otras tantas gargantas. Aquí nos saludaron las primeras gaviotas. Adelante de nosotros marchaba un gran arreo de ovejas. Tres hombres a caballo dirigían este «piño» procedente de la estancia «El Tero», situada a mitad de camino entre lago Argentino y Esperanza. Los 4700 corderos se mantenían reunidos gracias a la inteligente y activa colaboración de ocho hermosos perros ovejeros prácticos en esas tareas. Estas caravanas se desplazan lentamente. Para llegar en buenas condiciones, los animales deben comer mientras caminan y el conductor ha de reducirse a orientar el rebaño por la ruta, sin forzar su marcha y detenerse en las aguadas. Dejando atrás este arreo, seguimos avanzando a regular velocidad aprovechando del buen camino; éste pasa bordeando una gran hondonada circular a fondo plano que es como una excavación en la meseta en la que

se recoge el agua de una laguna. Descendimos a examinar ese depósito del que tomamos muestras y seguimos a Güer Aike. Frente a esta estancia, encontramos el primer cartel indicador hallado en esta jira, que mereciera ese nombre. En efecto, a veces encontramos algún tablero del que había desaparecido la inscripción o postes que los tuvieron en un tiempo y hasta podemos mencionar el más original en que sólo se leía esta indicación: «camino», pero no nos había ocurrido nunca de resolver una duda con su auxilio. Por eso lo mencionamos a éste.

A poca distancia alcanzamos el río Gallegos. Este río, de corriente moderada corre explayándose en un amplio lecho de arena y pedregullo que sus aguas cristalinas dejan ver. Sobre él se ha construido el gran puente de Güer Aike que permite el tránsito de toda la zona sur del país. Desde aquí, el camino a Gallegos es una magnífica avenida enarenada de unos 40 metros de ancho cerrada por alambrados a ambos costados; sigue la margen derecha del río por un terreno nivelado, de 10 ó 15 metros sobre el cauce de aquél y permite un intenso tráfico. Desde el camino se divisa la barranca alta que bordea el río por su margen norte, señalándose sus líneas de sedimentación.

Con 2373 kilómetros entramos a Gallegos a las 7 de la tarde, es decir, que aquí alcanzamos a la costa Atlántica. Si se piensa que el día anterior nomás estábamos en el lago Argentino, se comprenderá cuánto nos ayudó en esa última jornada el buen camino.

Una vez en el mar nos tocaba cumplir con otro de los objetivos de nuestra expedición: la recolección sistemática de la fauna marina litoral. Para esto necesitábamos una embarcación. Es sabido que los puertos de nuestra costa sur carecen de ellas. No hay poblaciones pesqueras y las únicas lanchas que existen pertenecen a los buques que hacen el tráfico y van y vienen con ellos. Tuvimos pues que dirigirnos a la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, solicitándole nos facilitara los medios para efectuar un rastreo.

Nos toca aquí agradecer la gentileza con que fuimos atendidos. En efecto, la Anónima puso a nuestra disposición el remolcador del buque surto en el puerto y toda la tarde pudimos emplearla en rastrear el fondo. La noche la ocupamos en la clasificación, preparación y arreglo del abundante material recogido. Acomodados con nuestra vivienda rodante junto a la playa donde disponíamos de agua de mar para nuestras manipulaciones, experimentamos una vez más la indiscutible conveniencia y comodidad de nuestra instalación. Hasta nuestro retiro llegaba el bullicio de la ciudad que festejaba esos días el Carnaval y ya se sabe que ésta es una de las fiestas que atrae hacia las poblaciones costeras mayor número de visitantes del interior. Vienen desde la cordillera, las familias enteras, haciendo largas distancias con cualquier incomodidad para despreocuparse y reír, los grandes como los chicos, en las alegres mascaradas de estas fiestas. De ahí la animación y entusiasmo con que se celebra a Momo a pesar del frío y el viento que sopla a cansar.

El siguiente día 10 de marzo hubo viento huracanado, que levantando arena enceguecía llevando a los escasos transeúntes como a empujones por las calles. Nosotros, acostumbrados a la dulzura de nuestro clima, valorábamos mejor que nadie el temple de espíritu de esos pobladores de la región austral del país, que recibe con tan tremenda persistencia ese enervante castigo.

La vegetación del contorno según lo apreciamos desde el sitio en que acampamos no puede ser menos lucida; se compone de unas pocas especies entre las que domina la *Salicornia corticosa*, pequeña planta carnosa, característica de la flora halófila, que forma manchones amarillento-rojizos, sobre el suelo salitroso. Podemos anotar también la presencia del *Lepidophyllum cupressiforme*, en aquel momento en plena floración, abundante en las proximidades de Güer Aike.

Con nuestros tanques reabastecidos de combustible y terminados los aprontes para la nueva etapa que nos esperaba, dejamos la capital del Territorio, dirigiéndonos de nuevo a Güer Aike, para efectuar el cruce del río Gallegos. Frente mismo de la estancia, dejamos el camino real tomando uno vecinal, hacia el este. Pasamos delante de la estancia « Killi Aike Norte », llegando luego al establecimiento « Hill Station », en Gallegos Norte, del señor Miller. La casa habitación ha sido construída en la cima de una colina desde la cual se abarca el paisaje hasta la lejanía. Como desde un mirador, se contempla la población de Gallegos separada por el río que corre al pie de la barranca en que la casa se asienta y al fondo, siempre mirando al sur, se tienen los relieves de Los Frailes, Los Conventos y Cerro Norte. Al este, la perspectiva se abre sobre la ría y el mar a la distancia. Esta privilegiada situación permite al estanciero embarcar la lana, allí mismo, en chatas que remolcadas, llegan a los buques que esperan en el puerto.

Los esposos Miller nos dispensaron una cordial acogida proporcionándonos todas las informaciones que necesitábamos para cumplir nuestros objetivos. Hubiéramos deseado visitar las barrancas próximas a la casa, de donde han sido extraídos abundantes fósiles que se conservan en el pequeño museo familiar de « Hill Station », pero como nuestro interés primordial era llegar a la playa, y no podíamos distraer tiempo, seguimos viaje esa misma tarde hacia la estancia « Cabo Buen Tiempo » a donde llegamos entrada ya la noche. En la casa no se veía luz, pero a pesar de lo intempestivo de la hora nos pareció que debíamos anunciarnos. El dueño de casa, señor Eduardo Rudd, no sólo no tuvo inconveniente en recibirnos, sino que nos dispuso las más delicadas atenciones. Recuérdese que éramos desconocidos que llegábamos a horas desusadas a una casa perdida en la soledad del páramo.

Por lo que pudimos observar, las estancias de esta zona se caracterizan por el confort con que viven sus propietarios. Sus casas son verdaderas mansiones, alhajadas con refinamiento, en donde las bibliotecas nos hablan de

preocupaciones intelectuales superiores. Su trato, el de los grandes señores ; pero grandes señores no por su empaque o estiramiento ; por el contrario, en ellos todo es sencillez y llaneza. No han olvidado que en la Patagonia, la primera ley debe ser la de la hospitalidad y damos fe que lo recuerdan. Vigilan por sí mismos sus haciendas, presidiendo las grandes faenas del baño y la esquila y desafían todas las inclemencias, decididos a conquistar la estepa.

Disfrutando de la amable hospitalidad de esta familia pasamos la mañana del 11, pues siendo a las 6 la bajamar y estando retirados de la playa no había forma de llegar a tiempo a ella. Resolvimos entonces, de acuerdo a las informaciones que teníamos, hacer la prueba de llegar a Monte Tigre a la hora de la bajante de la tarde.

Monte Tigre es un punto de la costa entre Gallegos y Coyle en que se descubren restingas. Allá nos dirigimos acompañados por el propio Sr. Rudd que tuvo la gentileza de guiarnos hasta «La Angelina», estancia del señor Montes, donde termina el camino ; más adelante sólo hay una senda trazada por los ocasionales buscadores de centollas. Todos los años en fecha fija, en diciembre, estos apetecidos crustáceos hacen su aparición en este lugar de la costa y todos los años se renuevan las excursiones en su busca, habiendo, según nos dicen, quienes se costean hasta de Magallanes para obtenerlas. Se ha trazado así un sendero que sale al mar y que no tiene ninguna semejanza con un camino. No se extrañe, pues, que recién al anochechar consiguiéramos asomarnos a la barranca costera. Nuestro coche vino a detenerse en el borde mismo del barranco que en forma de cornisa avanza, a treinta metros de altura sobre el Océano (fig. 21). Una llovizna fina caía al cerrar la noche, obligándonos a buscar la protección de nuestro techo después de una rápida inspección del lugar. Una tarea enorme nos esperaba para el día siguiente 12 de marzo. En efecto, no hemos dicho que teníamos un ave para preparar : se trataba de un avestruz petiso, *Pterocnemia pennata pennata*, que la víspera habíamos encontrado malherido y sacrificado para utilizar la piel. Pero su gran tamaño y peso, no nos permitieron esta vez utilizar nuestras instalaciones y hubimos de realizar este trabajo en el suelo y a la intemperie, en un día particularmente destemplado y ventoso, que volvió ciertamente penosa esta manipulación. Terminamos a la hora en que el mar empezaba a retirarse y bajamos entonces a la playa, donde nos llamaba nuestra principal misión. La pesca en bajamar fué escasa ; recorrimos una gran extensión de playa sin encontrar sobre la arena más que algunos gasterópodos. Al fin se descubrieron pequeñas restingas de tosca dura y allí pudimos recoger esponjas, anélidos, holoturias y estrellas crustáceas y peces. Dejamos la restinga cuando el mar subía, para ponernos a salvo. Debíamos andar dos o tres kilómetros para encontrar el cañadón que nos permitiera salvar el alto e infranqueable murallón costero hasta el cual alcanza el oleaje en la pleamar. Cargados con nuestros baldes llenos de agua marina en que manteníamos al material vivo hasta último

momento, volvimos a descansar de nuestras fatigas a la « casa » que, felizmente, estaba cerca. Todavía nos faltaba acondicionar el material recogido, lo que nos llevó varias horas; pero esto lo hacíamos adentro, donde disponíamos de buena iluminación, agua corriente, mesas y asientos confortables, lentes e instrumentos diversos, de modo que la tarea resultaba fácil y grata.

Como último regalo del día, la radio nos hizo llegar noticias de los nuestros y del mundo. No podíamos pedir más.

La mañana del 13 de marzo la ocupamos en terminar con los trabajos



Fig. 21. — Aspecto de la costa atlántica en Monte Tigre. En marea alta el mar baña el mismo pie de la escarpa costera sin dejar playa

de la víspera. No es posible en esas tareas proceder con precipitación, pues el resultado depende enteramente de la paciencia del operador. La anestesia de los animales obliga a veces, a horas de espera y la fijación y la conservación requieren su tiempo. Mientras uno de nosotros atendía esto, el otro inspeccionaba la barranca en busca de algún fósil, aunque sin mayor éxito.

Terminado nuestro cometido en Monte Tigre emprendimos el regreso a «La Angelina» en donde tuvimos oportunidad de examinar una laguna. De ahí seguimos a Los Pozos. El camino, no muy bueno, estaba empeorado por una reciente granizada, lo que nos demoró más de lo que pensábamos, de modo que también a esa estancia llegamos de noche. Su dueño, el señor Santiago Halliday nos atendió deferentemente, invitándonos a detenernos para visitar, al día siguiente, algunas lagunas de su propiedad. Aquí debe-

mos decir cuál era el motivo particular de interés por estas lagunas. En nuestra visita a Gallegos Norte habíamos tenido oportunidad de ver conservado, con otras cosas sin valor científico, desde muchos años atrás, algunos ejemplares de *Lepidurus* que nos aseguraron procedían del contorno. Nos resolvimos pues a buscarlos en las lagunas próximas y con ese objeto salimos, guiados por el señor Halliday. No encontramos *Lepidurus*, pero en cambio recogimos otro filópodo interesante del género *Artemia* y otros muchos entomóstracos.

La vegetación de esa zona era la típica de las barrancas : mata verde en general, mata negra en los faldeos, uno que otro calafate y cerca del agua algunas gramíneas.

De Gallegos a Deseado. — Después de agradecer el caluroso recibimiento que nos había dispensado el señor Halliday, seguimos camino, partiendo rumbo a Coyle con 2585 kilómetros. Pasamos la Estancia « Coy Aike » y luego el puente sobre el Coyle, llegando al pueblo del mismo nombre al señalar 2661 kilómetros. Lo componen unas cuantas casas, con dos titulados hoteles. Hay también destacamento policial.

El camino sigue por la pampa alta y es muy bueno. Por aquí tuvimos dos inesperados encuentros : con un zorro y un gato montés. Siendo ya noche, dejamos la huella haciendo alto a cuatro leguas de la estancia para descansar.

Un lindo sol lucía a la mañana siguiente, pero adentro, a las 7 horas teníamos 8°C solamente, a puertas cerradas, por lo que calculábamos el fresco de afuera, agravado por el viento. En el trecho recorrido ese día investigamos varias lagunas ; la planicie es monótona y la vegetación, salpicada y pobre, carente de todo atractivo. A los 2712 kilómetros de marcha un campamento de obras de vialidad encabezaba una picada magnífica en que por primera vez pudimos adelantar a toda velocidad y después de pasar la serpentina que el camino traza sobre un gran cañadón, arribamos a la estancia de « Monte León ». Suponíamos que de allí arrancaba el camino a la costa que sale frente a la isla Monte León pero no era así. Desandamos pues, 7 kilómetros hasta encontrar el desvío dirigiéndonos por un sendero accidentado y tortuoso, entre colinas y barrancas, que termina entre los relieves de Monte León. Allí había un pequeño campamento en donde tres o cuatro hombres sacaban guano de la isla próxima. Esta no es más que un pedazo de costa que ha quedado separada por la acción erosiva del mar (fig. 22). El islote, de superficie completamente llana, muestra una espesa capa de guano proveniente de las numerosas aves que durante siglos se han reunido en él ; su explotación data de muchos años y ya Moreno nos la menciona comentando su viaje del 77. .

Nada parece haber cambiado desde entonces y la magnífica descripción que él nos da tiene plena actualidad, lo que nos dispensa de entrar en mayores detalles. Aquel día de nuestra visita, numerosos lobos marinos ocupa-

ban los flancos del islote, trepando dificultosamente ayudados por el oleaje; pero las aves han emigrado a otro punto cercano de la costa ahuyentadas por el hombre.

En cuanto al guano, es trasladado a la Punta León por un cable tendido desde la isla, luego secado al aire, pulverizado y empacado para ser transportado en camiones al puerto de Santa Cruz, donde se le embarca para Inglaterra, según nos dicen.

Salimos de regreso esa misma tarde con tiempo frío y lluvioso, revisando de paso, una barranca próxima al camino de donde extrajimos algunos restos de moluscos subfósiles que formaban el banco. Desandamos los 18 kiló-

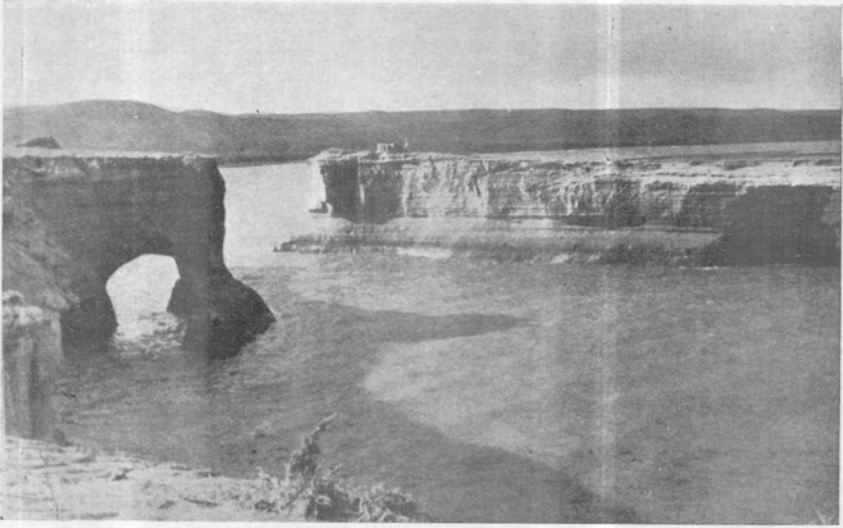


Fig. 22. — Monte León. A la derecha se ve la isla, separada de la terraza costera por la acción del mar
Un apreciable depósito de guano es actualmente explotado en esta isla

metros que hay de Monte León al camino real y luego seguimos derecho a Santa Cruz por la picada antes mencionada.

Por esta zona revisamos una nueva laguna donde hallamos otra especie de *Branchinecta* y un conchostraco que es posiblemente *Limnetis*.

Llegamos a Santa Cruz de noche, por lo que nos detuvimos fuera de la población, entrando en ella recién a la mañana siguiente. Santa Cruz se levanta a la misma orilla del gran río de su nombre, al término de un hermoso cañadón por el que se hace la entrada. Una vez más la Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia vino en nuestra ayuda procurándonos embarcación para salir a rastrear El pequeño « cutter » no pudo aventurarse en mar abierto y no nos alejamos afuera. Durante toda la tarde pasamos la red y la rastra obteniendo así muestras de las formas que

viven en ese ambiente particular de aguas mezcladas adonde son llevados algunos animales del mar. Nos procuramos moluscos varios, crustáceos y peces y también estrellas y medusas arrojadas por el océano, así como pequeñas esponjas fijas a los rodados del fondo. El acomodo y preparación de estas cosas nos llevaron la noche, que pasamos en la playa misma. Apenas amanecía cuando emprendimos la marcha hacia el Paso Ibáñez, distante 44 kilómetros de Santa Cruz. Allí se efectúa el cruce del majestuoso río, mediante una balsa que se desliza con un cable de 700 metros. En el paso, se levanta la hermosa villita destinada a perpetuar el recuerdo de don Luis Piedrabuena y que lleva su nombre. El poblado se asienta a la vera del río, y matiza con sus construcciones el tapiz verde del bajo en que prosperan pequeñas quintas y jardines. En Piedrabuena tuvimos la primera noticia de las dificultades que nos esperaban más adelante para el paso del río Chico. Nos enteramos que sólo había dos maneras de cruzarlo: utilizando la pequeña balsa o por una « pasarela », pero se nos previno que esta última era seguramente estrecha y la primera, insuficiente para un vehículo como el nuestro. Con estos informes dejamos Piedrabuena camino del Chico. Salimos por un brusco repecho a la llanura alta, monótona y uniformada por la cola de piche y un rato más tarde empezamos a bajar las barrancas por cuestras que llevan al valle del río. Era la segunda vez que nos encontrábamos con esta barrera que nos cruzaba el camino, y que en cualquier forma teníamos que pasar. Descartada la « pasarela », nos resolvimos a probar la balsa, con tan poca suerte que nos hundimos con ella a la entrada del río. Pero si en Santa Cruz faltan todavía obras de vialidad, sobran corazones y en tan apurado trance recibimos la oportuna y eficaz ayuda del personal de la estancia « La Primavera », del señor Berrando.

Volvimos a la misma orilla desde la que teníamos que tentar de nuevo el cruce, después de haber perdido el día con ese tropiezo. Los mismos hombres del camión de auxilio nos dieron la forma de resolver la cuestión. Por su consejo nos dirigimos acompañados por ellos hasta la estancia, en donde un vaqueano nos guió de a caballo a través de la corriente, siguiendo el encadenamiento de los bancos que forma el río en ese punto. Después de un interminable zigzagueo en el agua conseguimos salir por la otra orilla.

Desde allí la ruta no ofreció más inconvenientes, y corriendo a buena velocidad llegamos de noche a San Julián. Ahí recogimos el material expedido desde el lago Belgrano, continuando viaje para pasar la noche fuera del pueblo.

La mañana del 18 partimos de madrugada y no nos detuvimos hasta Los Manantiales, sobre el río Seco, donde llegamos con 3160 kilómetros. Al bajar de la pampa a este cañadón, se puede apreciar una notable mejora en la flora. Aquí hay mata negra frondosa, mata verde y duraznillo, además de abundante pasto blanco, que el viento peina abriendo las matas

en abanicos que visten el piso. Luego se ven montecitos de molles que van a menos, por causa de una explotación irracional. Siendo la única leña de la región, el molle es muy buscado, pero nada se hace por acrecentarlo.

En Los Manantiales, nos separamos del camino a Deseado, para tomar el que lleva a Bahía Laura por la costa, pasando frente a las grandes lagunas Dulce y Tordillo. Por aquí nos fué dado ver las primeras liebres patagónicas (*Dolichotis magellanica*). Esta especie parece propagarse muy bien en esta zona, pues abunda. En las lagunas había patos y numerosos cisnes de cuello negro (*Cygnus melancoryphus*) que se anunciaban desde lejos con su grito monocorde.

Después de revisar las dos lagunas seguimos a la estancia « Malacara », bordeando la plataforma costera a lo largo de la playa; en ese trayecto tuvimos oportunidad de recoger material de diferentes sitios aun cuando el lugar es de lo menos propicio, para dar acogida a la vida animal por tratarse de una playa de rodado suelto, donde no hay rocas ni restingas.

La estancia « Malacara » de la señora Anderson de Hope, es uno de los lugares en que se nos dispensó más caluroso y cordial recibimiento, lo que nos place consignar. Después de pernoctar seguimos en la mañana del 19 de marzo hacia Bahía Laura, distante 17 kilómetros de aquel punto. A la salida nomás de la estancia nos detuvo otra laguna muy poblada con flamencos y avutardas; es de agua dulce pero se pone algo salobre cuando merma su caudal en tiempos de sequía. Nos interesaba, pues, especialmente su microfauna.

Bahía Laura es un hermoso lugar de la costa que va quedando despoblado por la falta de vitalidad de su pequeño puerto. Situado entre Deseado y San Julián, ha resultado anulado por ellos, y la villa, antes próspera, va siendo paulatinamente levantada, restando sólo unas pocas viviendas. Pasando la estancia « Bahía Laura » tomamos un desvío que lleva a Cabo Guardián. Rodamos entonces largo rato al pie de un verdadero terraplén de pedregullo, acumulado en esa forma sin duda por el mar (fig. 23). Este relieve costero, larga lomada de medallones de piedra rojiza, se interpone quitando la vista del Océano, en un extenso trecho que uno supondría de los más atractivos por lo mismo que lleva a una punta de tierra. Por fin a las diez de la mañana y con 3267 kilómetros, nos detuvimos al pie de la torre del faro de Cabo Guardián. Allí está la restinga que corresponde a las salientes rocosas que vuelven peligrosa la navegación en su proximidad y que nos prometía una abundante cosecha. Contra lo que esperábamos, sin embargo, la restinga resultó muy pobre. En ella se habían instalado algunas familias de pingüinos (*Spheniscus magellanicus*) y numerosas gaviotas (*Larus sp.*). En esa punta se acumulan, llevadas por las corrientes, grandes cantidades de algas, cuya descomposición, por los procesos de fermentación que resultan deben contribuir a matar las formas vivas. Revisamos durante cuatro horas la restinga, inspeccionando prolijamente

cada piedra, pasando la red por las canaletas, escudriñándolo todo, hasta conseguir una colección tan completa como posible, de las formas marinas locales. Cumplida nuestra tarea, emprendimos el regreso hacia las tres de la tarde, desandando el camino al pie del alto terraplén costero de los rodados, hasta la estancia « Bahía Laura » donde tomamos la ruta a Deseado. Por allí nos fué dado ver juntos guanacos, avestruces y maras (*Dolichotis magellanica*), es decir las formas más representativas de la fauna. Atravesando luego la estancia « 8 de Julio » entramos en Punta Medanosa, ya

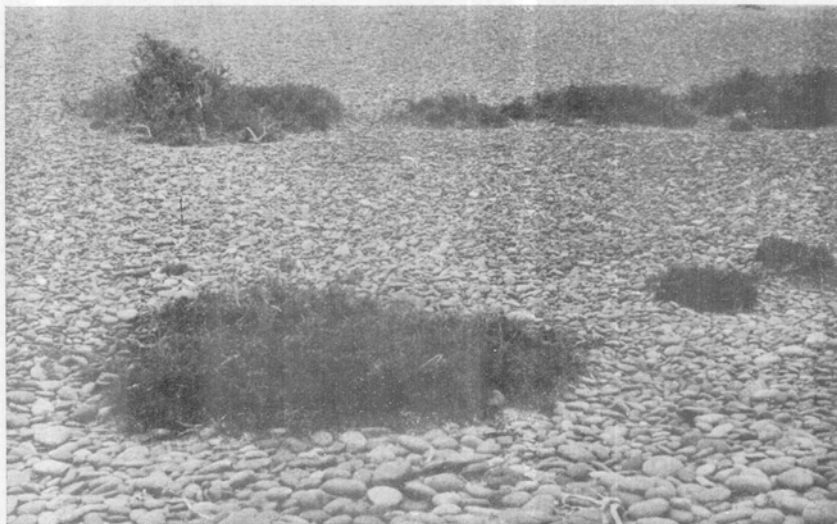


Fig. 23. — Espesa capa de pedregullo que se halla a lo largo de la costa. Matas de calafate lozanas sobre ella

de noche, acomodándonos junto a unas matas altas para resguardarnos del viento.

Punta Medanosa debe su nombre a los médanos que son su característica. Cada año al llegar la primavera la playa desierta se anima con la llegada de los pingüinos que arriban en grandes contingentes dispuestos a anidar. Excavan en el suelo blando cuevas que pueden contarse por centenares tanto en las partes llanas como en las pendientes, las que usan probablemente más de una vez. En la fecha de nuestra visita, 20 de marzo, los pichones ya eran grandes (fig. 24) como que muy pronto debían emigrar, pero a pesar de esto pudimos hacer muchas observaciones biológicas y tomamos abundantes notas gráficas que consideramos de interés. El periódico e infaltable retorno de los pingüinos a este punto ha determinado un ensayo de explotación de sus pieles, visto que su carne o sus huevos no han tenido aceptación, resultado de la cual son las pilas de osamentas que han quedado. Nos

consta que ese sacrificio de miles de animales ha sido completamente inútil ya que hemos podido ver las pieles perdiéndose almacenadas allí cerca. Es del caso recordar que el pingüino, bien llamado pájaro niño, es un animal completamente inerme frente al hombre, que puede realizar sin esfuerzo ni riesgo, matanzas de exterminio. Este pequeño y simpático poblador de nuestra costa queda completamente librado al capricho de la explotación si no se dictan medidas de previsión que lo protejan.

Este pingüino está parasitado por una pulga que también pica al hombre según lo hemos comprobado, produciendo una fuerte irritación local. En

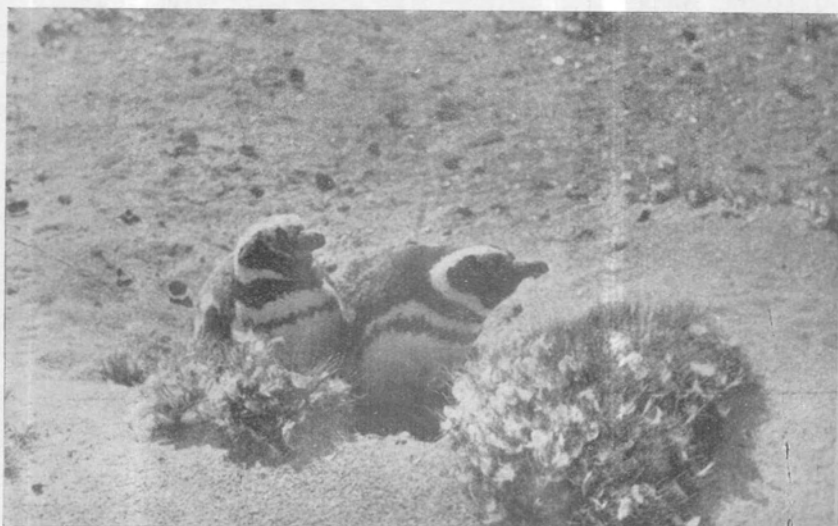


Fig. 24. — Pareja de pichones de pingüino en la entrada del nido. Este ocupa el fondo de la cueva excavada al pie de las matas que se ven en la fotografía

efecto, hemos visto enronchadas las piernas de los que realizaban la matanza de pingüinos el año anterior, determinada por la invasión de las pulgas en el campamento. Algunos ejemplares de esta especie, interesante por más de un concepto, han sido entregados al doctor E. del Ponte para su determinación.

Fuera del interés y la atracción de los pingüinos, la Punta Medanosa reserva para el que la visita otras sorpresas. Allí existen « tchenques », enterratorios indígenas que deben conservar aún abundantes despojos humanos. El lugar sin duda fué un gran paradero de indios, pues así lo indican los « conchales ». Las valvas de patelas y mejillones que consumieron las tribus allí acampadas, se amontonan en especie de colinas, de donde recogemos restos de tinajas y de industria lítica.

Recorriendo los médanos, hoy desiertos, encontramos las últimas bolas que fueron arrojadas al guanaco y que nos fué dado recoger. Revisamos

el arenal : por todas partes hay esquirlas de calcedonia y otras rocas, saltadas a golpes. Son el producto de las tallas de puntas para flechas y lanzas. El material debe haber sido transportado desde larga distancia, pues no hay cerca de la costa nada parecido. Empeñados en la búsqueda, vemos por fin colmadas nuestras ansias con el hallazgo de agujas de hueso, raspadores, puntas de flechas y perforadores. Con estos objetos y rendidos por la larga marcha volvimos a « casa ». El aire era fresco, pero azotaba sin



Fig. 25. — Un « piño » de pingüinos junto a una alta mata de calafate, en Punta Medanosa

cesar el viento, cegándonos la arena que levantaba. Además el piso es accidentado, pues está todo minado por las cuevas de los pingüinos en las que nos hundíamos al menor descuido.

La vegetación de Punta Medanosa se compone sobre todo de mata verde y calafate. Notamos que las cuevas son construídas generalmente al pie de estas matas que las protegen en cierta medida del desmoronamiento. En los médanos propiamente no se ven cuevas. Ellos son de arena suelta y el viento los recompone de continuo, pero allí prenden hermosas plantas de molle bajo cuyo tupido enramaje se protegen los pingüinos del sol (fig. 25).

Dedicamos todavía algunas horas observando los pingüinos, que no volveríamos a encontrar. La colonia se compone de miles de individuos que viven en la más perfecta armonía, ocupando toda la extensión de la punta y de las pequeñas islas próximas. Los incitamos a ir al agua sin resultado, pues apenas nos alejamos vuelven a la playa. No hay forma de anticipar la partida, regida por razones biológicas y condicionada por quién sabe qué otros factores, aun encontrándonos a pocos días de la fecha de la migración.

Por el interés especial que puedan tener las observaciones biológicas sobre esta especie, serán ellas dadas a conocer en una nota aparte.

Lamentándonos de no poder permanecer más tiempo en Punta Medanosa para presenciar la partida de los pingüinos, salimos al caer la tarde para seguir viaje al norte. A los diez kilómetros pasamos por el puesto de la estancia « 8 de Julio » sin detenernos y siete kilómetros más lejos por la estancia de Ramiro Ramos, quedándonos a pasar la noche cerca del puesto « Del Negro », de donde partimos a la mañana siguiente con la primera luz. Arribamos a la estancia « 8 de Julio » con 3372 kilómetros, después de un trecho de camino bastante feo, por una huella deteriorada al cruzar terrenos blandos y sin otra vegetación que la consabida de esos suelos pobres.

Más adelante el campo se pone mejor, aumentan las gramíneas y se ve mata negra y mata verde, además churquis aislados de mala espina (*Trevoa patagonica*) y mata laguna, como también uña de gato. La llanura monótona termina en un cañadón en que surgen manantiales. Así nos lo anunciaban las carpetas verdes, el agua queda detenida en algunos zanjones de donde sacamos renacuajos de una *Paludicola*.

Tres kilómetros más adelante pasamos frente al cerro Moro, que domina todo el bajo en que se encuentra una gran laguna seca; el lugar es árido, pues el suelo se compone de una tierra blanca en que no prospera otra cosa que la cola de piche, pero ambulan por allí guanacos y encontramos la más numerosa tropillita de avestruces que nos fué dado ver, compuesta de 29 animales.

Con 3420 kilómetros empezamos a bajar del llano al valle del Deseado. Los afloramientos de pórfido cuarcífero agregan una nueva nota de colorido en el paisaje; grandes masas rojizas aquí y allá se desagregan a la intemperie, desparramando sobre el piso sus fragmentos. Entramos por fin a un desfiladero cortado entre dos altas colinas; es un verdadero paso de montaña, con el horizonte cerrado a todos los ámbitos y sólo un camino serpenteando en la quebrada. Uno se creería en cualquier rincón serrano cordobés; pero los matorrales no son de espinillo sino de molle y calafate y el duraznillo serrano está representado aquí por el de la Patagonia que forma hermosos ramos de color verde oliva. La garganta se abre al llegar al Paso de la Construcción, donde existe un buen puente sobre el río Deseado. Aquí el río estaba completamente seco; nos llamó justamente la atención este detalle al contemplar las impresionantes obras de erosión de su amplio cauce. Los altos murallones de roca porfirica que se alzan a ambas márgenes son los remanentes de la formación, a través de la cual, el torrente impetuoso del río se abrió en otro tiempo paso al mar; son los testigos de la grandeza de su pasada época. La desecación del Deseado es relativamente reciente, ya que hay noticias de que hasta hace cuatro siglos llevaba agua permanentemente. Hoy las aguas del lago Buenos Aires ya no tienen salida hacia el Atlántico.

Al cruzar el puente llevábamos 3427 kilómetros rodados; se sale por una

garganta semejante a la de la entrada, de nuevo a la llanura despejada y el paisaje vuelve a ser el mismo monótono y desabrido de las mesetas. El camino pasa un gran bajo llamado de Piccinini en el que espejea una gran laguna seca. El terreno por ahí forma barrancas de tierra blanca, ocre y bermejo rosado, que en parte cubre la cola de piche con alguna que otra mata de uña de gato, mata laguna, mata negra y mata verde.

Poco más adelante está Tellier, primera estación del ferrocarril de Deseado a Las Heras. El pueblito, al que da vida la línea férrea, se compone de una veintena de casas, algunas con un pequeño huerto-jardín, lo que nos indica que dispone de agua. En efecto, de allí proviene el agua que se bebe en Deseado, bastante salobre para nuestro paladar habituado a la deliciosa agua de La Plata. A los 13 kilómetros de Tellier pasamos por el campo de aviación donde vimos un grupo de nueve avestruces en libertad, y entramos poco después a Deseado con 3500 kilómetros de marcha.

De Deseado a Comodoro Rivadavia. — Interesándonos únicamente en Deseado la pesca en la ría, decidimos instalarnos en la playa misma, eligiendo la restinga del embarcadero, junto a la casa del señor Ramón Martínez, con cuya valiosa ayuda estábamos seguros de contar. El señor Martínez se halla a cargo de los faros y balizas y además del personal que lo secunda en esa tarea, posee dos embarcaciones propias. Dispuesto a colaborar en la tarea en que nos encontrábamos empeñados, puso el mayor entusiasmo en sernos útil, con un desinterés que sobrepasa toda ponderación. Pudimos así salir a hacer rastreos que resultaron sumamente provechosos.

El primer día, embarcados en el « cutter » piloteado por el mismo señor Martínez nos internamos en la ría. Es sabido que el mar penetra por el cauce del Deseado hasta unos 60 kilómetros tierra adentro o sea hasta la proximidad del Paso de la Construcción. Esa entrada de mar está amurallada por altos acantilados de pórfido rojo que constituyen la característica de Deseado y hacen la belleza del lugar (fig. 26).

La ría se ensancha a poco de su entrada constituyendo la bahía Uruguay, que el Ministerio de Marina reserva como apostadero naval. Aquí iniciamos los rastreos, primero contra el farallón rocoso, después por el medio de la bahía; dejamos atrás un cañadón, luego otro y un tercero que son otras tantas interrupciones en el parapeto de piedra por donde el mar también tiene acceso en las grandes mareas. Constatamos que, a pequeñas distancias, el fondo varía de grava y pedregullo, a arena o fango y conchilla constituyendo otros tantos ambientes para la vida animal. Y así al sacar la red cada vez nos encontrábamos con numerosos ejemplares de poblaciones distintas desarrolladas según los factores etológicos favorables a su propagación. Muy característico fué el caso del hallazgo de una gran población de braquiópodos (*Magellania venosa* y *Terebratella dorsata*) vecina a una de holoturias, (*Cucumaria* sp.) que nos proporcionaron material cuantioso, constituyendo

verdaderos territorios adonde podríamos con seguridad volver a encontrar estas formas el día que fuera necesario.

Regresamos pescando con red de superficie. Pasamos delante de la isla llamada antes Estorbo, hoy de Los Pájaros, que tiene bien justificados ambos nombres y atracamos, ya de noche, con nuestro precioso cargamento. Más tarde nos ocupamos hasta altas horas en el paciente trabajo de la preparación y conservación de los animales, tanto para estudio como para las colecciones.

El lunes 23 de marzo revisamos las restingas próximas y por la tarde vol-



Fig. 26. — Cueva de los Leones, en Puerto Descado. La barranca rocosa está formada por afloramientos de pórfido cuarcífero, roca ésta que constituye la principal belleza de Descado

vimos a salir en la lancha, esta vez hacia afuera del puerto. Rastreamos en el canal de entrada, llegando hasta las rocas Dos Hermanas; la marejada nos obligó a regresar desde allí, pues hay un gran tiraje hacia afuera en bajante lo que hacía peligrar nuestra pequeña embarcación. Todavía pasamos momentos de verdadera emoción cuando la rastra se enganchó entre las rocas del fondo, anclándonos bruscamente en pleno canal. Rota la rastra, no nos quedaba más que regresar con lo obtenido hasta entonces.

Hicimos este viaje de vuelta acompañados por los delfines que nos escoltaron todo el tiempo, realizando sus típicas evoluciones que nos hubiera gustado contemplar a mayor distancia. Por repetidas veces estos grandes animales, nos cruzaron por debajo de la quilla o pasaron rozando la proa de la lancha, a toda marcha, con una exactitud de cálculo tan asombrosa como poco tranquilizadora.

Por fin arribamos al embarcadero, trasladándonos a nuestra vivienda. El material recogido en este rastreo fuera del puerto fué completamente distinto del que alzamos en la bahía Uruguay consiguiéndose pequeños erizos de mar, y estrellas diversas, isópodos, arañas de mar y ascidias, particularmente. Esa noche y a la mañana siguiente la empleamos en acondicionar las cosas.

Nos faltaba revisar la restinga Chaffers y a ella dedicamos las horas de la tarde, aprovechando la baja marea. Allí nos fué dado recoger numerosas esponjas y actinias, nemertinos y gefireos (*Priapul* y *Phascolosoma*) que tenían para nosotros un interés especial. Además había anélidos políquetos y crustáceos diversos. Como representantes de los equinodermos podemos mencionar asterias, ofiuros, y holoturias (*Synapta*, entre otras); finalmente numerosos moluscos anfineuros, gasterópodos y lamelibranquios.

Con esto dimos por terminada nuestra tarea en Deseado, resolviéndonos a seguir viaje al norte.

Nos despedimos del señor Martínez, agradeciéndole las mil atenciones que nos dispensaran él y su familia durante los días de nuestra estada en ésa y el miércoles 25 de marzo partimos, antes del amanecer, camino a Comodoro Rivadavia. Dejando la costa seguimos a lo largo del ferrocarril a Las Heras hasta la estación Fitz Roy y desde allí continuamos por la hermosa picada que nos llevaba directamente a nuestro destino.

Antes de llegar a Caleta Olivia el camino sale fuera de la barranca costera y sigue por la playa misma de arena y pedregullo, constituyendo para el automovilista un verdadero trecho de excepción.

En Caleta Olivia hay un núcleo de población estable; los cubos de edificación del pueblito se asientan sobre lo que podríamos decir un amplio anfiteatro enarenado que mira al mar. El pedregullo sobre esta plataforma, a 8 metros de altura aproximativa sobre el nivel de la playa baja, le da el aspecto de otra playa escalonada. El horizonte está cerrado hacia el oeste por un verdadero semicírculo de colinas que deben abrigar este rincón del viento y lo hacen particularmente atractivo.

En Caleta Olivia hay dos lindas restingas de tosca dura, pero el mar alisa y pule la roca de tal modo, que muy pocas formas vivas pueden tener abrigo en ellas. Las revisamos prolijamente antes de seguir adelante, volviendo a preparar el material en el coche.

A las once de la mañana del mismo día 25 partimos hacia Comodoro Rivadavia iniciando la etapa final de nuestro viaje. El camino no se separa más de la costa, corre por un terreno ondulado, cubierto de sampa (*Atriplex lampa*) y duraznillo. La primera, abunda sobre todo en las colinas medianosas, donde su color indeciso se apaga todavía por la capa de polvo con que el viento las cubre, semejándolas a plantas que hubieran recibido una lluvia de ceniza. También se ven churquis de algarrobbillo del chanco,

(*Prosopis sp.*) tan desnudos de hojas, que sus vainitas parecen orugas suspendidas de sus ramas.

El quillimbay saca fuerzas de flaqueza y se vuelca todo en flores sobre el pedregal que lo sustenta. No vemos más ni mata negra ni mata verde, pero la uña de gato desafía, todavía aquí, la sequedad y el viento. También notamos mata guanaco y barba de chivo (*Ephedra andina*).

Siendo excelente este camino lo hicimos a buena velocidad corriendo siempre por el mismo lecho de pedregullo sobre el que habíamos dado toda la vuelta de Santa Cruz. La pedrea al fondo del auto era como el acompañamiento inseparable a la marcha; arreciaba o disminuía con la velocidad y sólo nos otorgaba cortos silencios.

Varias liebres patagónicas y guanacos, se nos cruzaron; sorprendimos a algunos de éstos que, en estática contemplación del océano desde lo alto de una barranca, descuidaron su guardia y nos dejaron aproximar dándonos la medida de la facilidad con que pueden ser cazados.

En Bahía del Fondo nos detuvimos para hacer una nueva visita a la lobería. Nos asomamos a la rampa costera para observar la playa, y con gran contento vimos que los lobos no habían abandonado todavía su campamento de verano. Se los veía en gran número agitarse junto a la línea del agua; otros descansaban al sol sobre el pedregullo. Una larga hilera de gaviotas blancas continuaba la mancha oscura de los lobos, empeñados sus individuos en recoger los excrementos de éstos, que constituyen su principal alimentación. Bajamos a la playa y allí tuvimos oportunidad de hacer numerosas observaciones sobre la manera de comportarse de estos animales y de tomar abundante material gráfico, que venía a complementar el obtenido en nuestra anterior visita a la lobería.

Recogido que hubimos lo poco que el mar deja al retirarse y no teniendo objeto una mayor demora en ese punto salimos hacia Comodoro Rivadavia, a donde se llega por la misma hermosa picada que viene desde Fitz Roy. Aun en ese trecho final y apesar de la proximidad de una gran población vimos guanacos y avestruces que completaban inequívocamente el paisaje. También sorprendimos a numerosas perdices (*Nothura darwinii*), martinetas (*Eudromia elegans*) que estúpidamente cruzaban la huella a cada momento.

El terreno, en esa última parte, se va haciendo de más en más quebrado, renovándose los paisajes de cerros planos que cruzamos a nuestra salida de Comodoro Rivadavia (fig. 2). El camino resuelve en curvas, varias empinadas pendientes y el viajero puede contemplar esas extrañas formaciones que constituyen los pequeños cerros tabulares aislados, asentados en la llanura tapizada de rodado (fig. 27).

Entramos a Yacimientos Petrolíferos Fiscales a las 17 horas, cerrando así el circuito alrededor de Santa Cruz, después de haber recorrido 3862 kilómetros. Merece destacarse que llegamos con nuestro *Chevrolet* sin un sólo desperfecto y sin haber tenido necesidad de usar un sólo repuesto.

La carrocería soportó perfectamente la dura prueba a que fué sometida y la gran habilidad del conductor señor Hedemann para el manejo del coche, nos permitió llegar a término sin siquiera una pinchadura.

Nos instalamos con nuestra « casa » junto a la de nuestros amigos Lascano, para pasar la noche y a la mañana siguiente hicimos una excursión a Caleta Córdoba aprovechando la obligada espera de la fecha de salida del petrolero que debía conducirnos a La Plata. En la restinga de Caleta Córdoba trabajamos durante la baja marea, siendo éste el punto más septentrional de la línea costera revisada por nosotros en esta jira que ha abarcado la costa

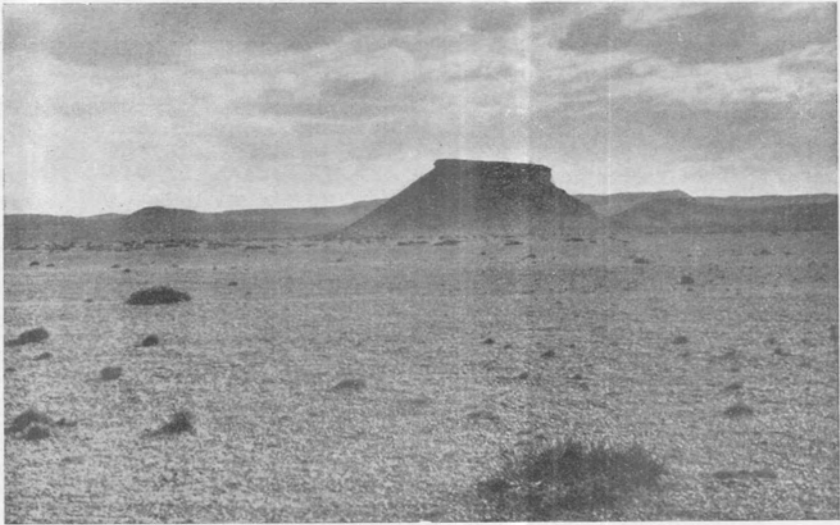


Fig. 27. — Curioso resto de una formación sedimentaria, conocido como Pan de Azúcar, sobre el camino de Comodoro Rivadavia a Bahía del Fondo. La coronación plana de este pequeño cerro tabular, está constituida por una capa dura.

sur desde Comodoro Rivadavia a la proximidad del Estrecho de Magallanes.

Hubiéramos deseado salir a rastrear frente al puerto utilizando la embarcación que la dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales tan gentilmente puso a nuestra disposición; pero estando fijada la partida para el día siguiente, no había materialmente tiempo para emprender esa tarea. Lamentamos no haber podido realizarla para completar el conocimiento del fondo de esa zona, iniciado con los rastreos del año anterior, pero esperamos que tendremos alguna otra oportunidad de hacerlo. En la tarde el auto fué embarcado y al día siguiente nosotros mismos debimos hacerlo para regresar a La Plata. Dejamos así Comodoro Rivadavia donde nos habíamos visto colmados de atenciones por parte de los esposos Lascano, lo que tenemos el gusto de recordar.

Cuatro días después estábamos en el Museo con nuestras colecciones.

Por entender que escapan a la esfera de las publicaciones del Museo, hemos excluido de este relato importantes observaciones de orden social y económico, como las que se refieren a la educación primaria, a la necesidad de argentinizar un territorio donde los argentinos son los menos, al muy serio problema de la tierra, a la conveniencia de proteger al pequeño poblador arraigado que debe soportar los abusos de empresas poderosas y muchas otras que no es del caso mencionar ahora, pero que no han podido dejar de ser apercibidas. No queremos, sin embargo, terminar este informe, sin antes manifestar la excelente impresión que nos ha producido la organización policial del Territorio, que hemos visitado de un extremo a otro, y que es obra de su actual gobernador, señor don Juan M. Gregores.

Contrariamente a lo que todavía muchos creen, podemos afirmar que por los caminos de Santa Cruz se puede viajar con la más absoluta seguridad. Es que la policía realiza el más riguroso control de los mismos, por medio de destacamentos distribuidos en los lugares de paso obligado. Estos destacamentos, aislados en la vastedad de un territorio despoblado, llevan a cabo con la mayor eficacia su cometido por obra de una organización adecuada y con la ayuda de una moderna red de radiotelefonía; provistos de excelentes aparatos receptores y transmisores, los hombres de los puestos más distantes están en permanente comunicación con las autoridades, y éstas, por medio de una determinada onda, pueden informarse de cuanto sucede, manteniendo el más riguroso control de este servicio. Pudimos constatar que nuestro simple paso por los destacamentos era comunicado a la Gobernación a falta, diremos, de mayores novedades, y es claro, cualquier pedido de auxilio puede llegar, de ser necesario, en la misma forma.

Es digno de ser señalado el mérito de esos buenos servidores del orden a quienes la misión social que les incumbe obliga a vivir confinados en lugares inhóspitos, aislados en el invierno por la nieve, y soportando en el verano ese verdadero castigo patagónico que es el viento. Si las policías bravas fueron siempre fustigadas, digamos su elogio merecido a este nuevo tipo de policía que es el que necesita el país y que tiene Santa Cruz.

Los destacamentos están asimismo provistos de campos de aterrizaje, que permiten el arribo en cualquier momento de comisiones de inspección, que no es raro presida el propio señor Gregores. La posibilidad constante de tal acontecimiento mantiene en una guardia permanente al personal, y es así que más de una vez la llegada de nuestro auto fué recibida con algún sobresalto, pues en todas partes era esperado sin saberse si llegaría por el aire o por los caminos.

Lamentamos muy de veras que el señor Gregores estuviera ausente de Gallegos, cuando pasamos por esa localidad, pues hubiéramos querido llevarle, con nuestro propio sentir, el aplauso unánime que tuvimos oportunidad de escuchar, particularmente de los pequeños pobladores, por la obra de bien que realiza.

OBSERVACIONES ZOOLOGICAS

Creemos de interés destacar ahora, en capítulo aparte, las notas recogidas sobre algunos animales de la zona recorrida. Son datos dispersos, más o menos conexos, muchas veces obtenidos por observación personal, otras por referencias coincidentes.

Lobos de mar. «*Otaria byronia*» Blainville. — Hicimos dos visitas a la lobería de Bahía del Fondo : la primera a nuestra llegada a Comodoro Rivadavia el 10 de febrero, la segunda de regreso, el 25 de marzo, es decir un



Fig. 28. — Población de la lobería concentrada en la playa Bahía del Fondo ; 9 de febrero

mes y medio después. En esas visitas tuvimos oportunidad de apreciar dos aspectos completamente distintos del comportamiento de la población de la lobería.

En febrero hallamos los animales reunidos en la playa, resistiéndose a ir al agua. Eran algunos centenares de lobos los que se arrastraban difícilmente sobre el pedregullo que mojaban las olas, presos de gran agitación. Desde alguna distancia esto podía ser apercibido por el desconcierto de voces en que se mezclaba el mugido de los machos con el grito de los pequeños, más parecido a un balido. A pesar de este estado de excitación los lobos nos dejaron aproximar tanto que nos incorporamos literalmente al grupo (fig. 28): no parecían en ningún grado preocupados por nuestra presencia y hasta levantamos impunemente algunos pequeños.

Indiferentes a todo lo que ocurría a su alrededor, sólo atendían en ese momento al llamado de su propio instinto. Era la época del celo. Los machos se empeñaban en impedir que las hembras escaparan al agua y éstas se defendían a dentelladas; aquéllos se atacaban mutuamente. Como resultado de ese bestial comportamiento podíamos ver numerosos pequeños muertos, aplastados o heridos y a los adultos, con impresionantes desgarraduras sangrantes, sobre todo en la cabeza.

Los jóvenes se distinguen de los mayores por su pelaje oscuro (fig. 29). Entonces medían unos cincuenta centímetros de largo a lo sumo, pero tenían dientes muy afilados, con los que se defendían cuando intentábamos aga-



Fig. 29. — Cachorros de lobo marino, dando sus primeros pasos sobre el pedregullo de la playa en Bahía del Fondo; 9 de febrero

rrarlos. Se muestran reacios a cualquier caricia y sólo es posible manejarlos sujetándolos de la piel del lomo.

Los machos, corpulentos, con pelos largos en el cuello, tienen una apariencia leonina, mientras las hembras, gráciles, se destacan por su color claro de paja con reflejos casi dorados.

En la segunda visita a la lobería encontramos todo cambiado. Lo primero que nos sorprendió, fué ver que los lobos se echaban al agua, apenas nos apercibieron descendiendo la rampa costera. Molestados en su descanso, con visibles muestras de disgusto por la visita, evitaban en esa forma nuestra desagradable compañía. No había manera de aproximárseles; cuando llegábamos a una distancia prudencial nos daban la espalda y se refugiaban en el agua (fig. 30). Balanceándose sobre las olas se mantenían a unos 15 metros de distancia mínima de nosotros, pero no nos perdían pi-

sada, permaneciendo atentos a nuestros menores movimientos. Si caminábamos, ellos avanzaban también y se detenían, cuando lo hacíamos, para quedar curiosos, a la expectativa, acompañándonos así en todas nuestras evoluciones en la playa. El hombre era en ese momento su principal y podríamos decir su único motivo de interés y atención; constituíamos un peligro que pasó completamente desapercibido y a segundo plano, en la época de nuestra primera llegada a la lobería.

Esta última vez encontramos los jóvenes del año, tan crecidos, que apenas se distinguían de sus padres, a los que también se parecían más en su pelaje. Demostraban suma destreza en el agua y estaban por lo que podíamos



Fig. 30. — Población de la lobería que abandona la playa a la aproximación de extraños
Bahía del Fondo; 25 de marzo

apreciar, capacitados para desafiar los riesgos del océano en su ya próxima migración. No siendo todavía llegada esa hora, al desaparecer nosotros, atrás del umbral costero, toda la población de la lobería volvió a tomar posesión de la playa.

Puma « *Puma concolor* » (L.). — El puma de la Patagonia alcanza un tamaño excepcional. Dos ejemplares del lago Belgrano medidos por nosotros dieron 2,32 y 2,40 metros, respectivamente, de la nariz al extremo de la cola.

Los hay en toda la « costa » cordillerana atravesada en nuestro recorrido, del lago Buenos Aires al Argentino, y también en la zona mediterránea de los lagos Cardiel y Strobel, pero no lo hemos oído mencionar en la parte oriental del territorio. Es una bestia sanguinaria, que causa grandes destro-

zos en las haciendas, porque mata por matar. De ahí que se lo persiga, organizando cacerías cuando se tienen noticias de su presencia en el contorno; esto sucede generalmente en el invierno, pues entonces pueden seguirle el rastro en la nieve, mientras que en el verano los pumas se alejan internándose en las quebradas.

Los perros ovejeros secundan magníficamente a los hombres en esta tarea y aunque sus dientes son débiles armas frente a las garras aceradas del enorme felino, lo acorralan, hostigan y distraen hasta que el hombre termina con él. Tal es la confusión y molestia que los perros le significan, que cuando llega a atrapar a uno de éstos, lo sujeta fuertemente sentándose encima, mientras hace frente a los restantes. Dicen que a veces el perro así aprisionado logra zafarse y huye sin ladrar siquiera, tal es el espanto y que mientras el puma lo retiene apretado, tiembla de susto sin atinar a morder.

Todos los informantes coincidieron en afirmar que nunca el puma ataca al hombre si éste no lo acorrala o lastima y alguno se vió en el trance de hallarse de manos a boca con él, sin haber recibido ni un rasguño.

Huemul. « *Hippocamelus bisulcus* » Molina. — Contra lo que generalmente se afirma podemos asegurar que el huemul es todavía bastante frecuente de este lado de la Cordillera. Es cierto que durante el verano se interna en las montañas y se aleja trepando los cerros, hasta el límite que le permite la necesidad del propio sustento, pero en el invierno baja regularmente a los valles más abrigados y no es raro encontrarlo en la precordillera, desde el lago Buenos Aires hasta la zona del lago Argentino, a lo menos, según nuestros datos.

El cerro Huemules de lago Belgrano, recibe esta denominación por el gran número de esqueletos de estos animales que allí se encuentran. Sin duda fueron centenares los que sucumbieron no se sabe por qué causa. Pudo ser una nevazón la que los sepultó definitivamente en el lugar en que se hallaban refugiados en una gran manada; o quizá, aunque menos probable, alguna epidemia.

Como es lo general en cérvidos, en esta especie sólo el macho posee cuernos. Estos cuernos caen periódicamente, de ahí que en los meses de junio y julio no se vean huemules con ellos. Esas protuberancias óseas, al principio blandas se encuentran completamente revestidas de piel con pelo, la que empieza a caer en diciembre, dejando la cuerna desnuda. Las hay hasta de cuatro ramas, aunque esto último parece ser raro.

La timidez del huemul es extremada; eso lo lleva a huir del hombre arrinconándose cada vez más en las montañas de donde sólo sale corrido por la nieve, que es el hambre. Esta timidez explicaría su costumbre de « empacarse » en determinadas circunstancias: cuando los perros lo acosan o el hombre le da alcance. Entonces el huemul queda como paralizado y a merced de los perseguidores; pero si éstos no le hacen daño, la conducta

del animal es la misma. Se dejará morir en aquel sitio, que puede ser el medio de un arroyo, aun después de haber desaparecido todo peligro. No creemos que tal comportamiento responda a simple terquedad de carácter, como se interpreta generalmente, sino que lo atribuimos más bien a efectos inhibitorios del pánico.

El huemul es uno de los animales de nuestra fauna que necesita más urgente protección del gobierno y por eso es digna de aplauso la disposición tomada por el gobernador de Santa Cruz, don Juan M. Gregores, prohibiendo terminantemente su caza.



Fig. 31. — A menudo, recortado contra el cielo, se dibuja la silueta del guanaco

Guanaco. « *Lama guanicoe* » Müller (Fig. 31). — La despiadada persecución del hombre a esta especie la está llevando a su extinción. Cuando las tribus indígenas habitaban la región, este animal constituía su principal fuente de recursos : él proveía carne para su hambre y pieles de abrigo para los crudos inviernos. A pesar de esto el guanaco abundaba en las mesetas porque los indios sólo sacrificaban animales en la medida de su necesidad y éstos se multiplicaban rápidamente. Así hallaron las cosas los primeros colonos o pobladores que se establecieron con lanares y duró, pues, hasta hace pocos años. Nos refería justamente un poblador de Gallegos Norte, el señor Halliday, de los primeros hombres nacidos en Gallegos, que cuando su padre llegó de las Malvinas, los guanacos amarillaban en esos campos. Pero hoy, dentro de sus tres leguas y media de tierra, sabe que no pasan de 9. Esto nos fué confirmado por otro estanciero cuya palabra también nos merece absoluta fe, el señor Eduardo Rudd, quien

nos declaró poseer no más de 100 guanacos en sus once leguas de campo.

¿A qué se debe esta merma tan manifiesta de un animal que había alcanzado tan gran propagación en su medio natural? Sin duda esto es obra exclusiva del hombre.

La colocación de los alambrados dividiendo los campos, tuvo para ellos tremendas consecuencias. Cuando al término del verano, bajaban de las mesetas se encontraron con estas barreras que los detenían y allí, lejos de los refugios acostumbrados, fueron alcanzados por las nevadas. Y sus esqueletos blanquearon a lo largo de esas líneas que no supieron franquear. Miles y miles perecieron antes que aprendieran a salvar ese obstáculo, pero parece que ahora conocen los alambrados y los pasan sin dificultad, saltándolos.

Pero ha sido la introducción de la oveja y su explotación en gran escala lo que determinó la guerra al guanaco, al verse en éste un competidor de aquélla en el aprovechamiento de la escasa vegetación patagónica. Y mil formas de persecución han surgido.

Conocimos personas que viven del provecho que les reporta la caza del guanaco, cobrando por cabeza al estanciero que quiere «limpiar» de ellos su campo. El «chulengueador» es otro tipo nacido de esta industria; él se encarga de las matanzas de las crías (chulengos) o de las hembras grávidas para obtener aquéllos, de los que codician la piel. Como se trata de una cacería sin ningún riesgo se la practica como simple entretenimiento. No es de extrañar, pues, que este animal, perseguido con tanta saña como las fieras, ya que el hombre no lo respeta ni en sus épocas de parición, vaya mermando en forma que permite pronosticar su desaparición.

En nuestra jira es cierto que lo hemos hallado en todas partes, pero siempre en número escaso, en tropillas que pocas veces pasaron de 15 animales, siendo el número de 31, anotado una vez, excepcional. Estamos, pues, muy lejos de las tropillas de 500 individuos de que nos habla Moreno en su relato de 60 años atrás.

Mara o liebre patagónica. «*Dolichotis magellanica*» Kerr. — La hemos hallado sólo en la costa y al norte del río Santa Cruz, barrera que no ha pasado nunca. Así nos lo confirmaron pobladores establecidos de largo tiempo en la región meridional del territorio y cuyo testimonio nos es absolutamente fidedigno.

La zona de su mayor propagación comprendida por nuestro recorrido es la de San Julián a Deseado. La hemos visto en gran número, hacia el mediodía a pleno sol y hasta al atardecer, pero no de noche. El andar característico de este hermoso y genuino roedor nuestro es la más perfecta adaptación a su ambiente; sobre la llanura lisa, sembrada de matas, se lo ve correr a saltos, haciendo piques con los cuales pasa limpiamente sobre los obstáculos, como una pelota que rebota.

Con la aproximación repentina de nuestro vehículo tuvimos oportunidad de apreciar el alcance de su salto en largo, viendo a una mara salvar, de una sola vez, el ancho del camino, no inferior a dos metros y medio. Pero cuando ningún apuro la mueve, camina por momentos así como es corriente verla, cuando es cautiva y dispone de reducido espacio.

Vizcacha de las piedras. « *Lagidium morenoi* » Thomas. — La llaman y la creen una ardilla porque su porte así puede hacerlo suponer. Nos han hablado de ella en los lagos Gío y Belgrano, obteniendo de este último punto dos ejemplares para el Museo.

Ese animal vive entre los resquicios de las rocas, en barrancos y despeñaderos formando asociaciones de numerosos individuos. Es ágil para saltar y trepa con suma facilidad por los riscos. Nos dicen que son muy curiosos y que basta arrojar una piedra, para que se asomen desde sus refugios a ver lo que ocurre; es el recurso con el que se consigue hacerlas salir. No tenemos noticias que produzcan ningún daño, pues no se alejan de las cuevas y se alimentan únicamente de las pobres hierbas que crecen en su proximidad.

Liebre. « *Lepus europaeus* » Pallas. — Los actuales pobladores de la región de Gallegos, algunos de los cuales nacidos y criados allí, recuerdan cuando en el lugar había centenares de guanacos y zorros y no existía la liebre europea. Esta habría sido importada a Santa Cruz no hace muchos años, por un señor Meyer, instalado en la Cordillera del lado de Chile, quien habría llevado nueve ejemplares para reproducirlos para su mesa. Ese sería el origen de todas las liebres del territorio; ha encontrado según se ve condiciones óptimas para propagarse y lo ha hecho en una forma que constituye ya una plaga.

Crean nuestros informantes, que el zorro habría impedido pulular así a esa especie exótica, pero la persecución de que el mismo es objeto, lo ha reducido en forma tal, que hoy es más bien raro.

Hemos hallado liebres en cantidades extraordinarias al sur del lago Argentino. En el viaje del lago Rico a Calafate las vimos por centenares y pudimos apercibirnos que en general su tamaño es marcadamente menor que el de la del norte.

Ratón. « *Eligmodontia morgani* » Allen. — En un lugar de la costa, poco antes de llegar a la estancia « Malacara », entre San Julián y Bahía Laura, hallamos un ratón que en la playa y debajo de una piedra había construido su nido. Este tenía la particularidad de estar hecho con restos de esponjas que el mar había arrojado a la orilla.

A su respecto, el profesor don Angel Cabrera, nos ha dado la siguiente información, que mucho agradecemos:

« El roedorcito de la costa de Santa Cruz es *Eligmodontia morgani* Allen

(*Bull. American Mus. of Nat. Hist.*, XIV, 1901, p. 409). El tipo era del arroyo Else, unos 80 kilómetros al sur de Buenos Aires, pero la especie se extiende a través de todo el territorio hasta la costa, habiéndose conseguido ya ejemplares del río Gallegos y de las inmediaciones del cabo Buen Tiempo.

« Thomas en 1929, y, sin duda inspirándose en él Yepes en su reciente *Epitome (Revista del Inst. Bacteriol.*, vol. VII, n° 2) han pensado que *E. morgani* puede ser un sinónimo de *E. typus* F. Cuvier (Yepes usa el nombre *elegans*, que es realmente un sinónimo de *typus*), porque en la Pampa y norte de Patagonia se han obtenido ejemplares con caracteres de transición (Thomas los llamó *E. morgani pamparum*). He comparado el ratoncito con verdaderos *E. typus* en el Museo de Buenos Aires, y son bastante diferentes, al menos en coloración. Tal vez sean, en todo caso, subespecies o formas geográficas de la misma especie, pero por mi parte no las creo *absolutamente* idénticas.

« La costumbre de hacer el nido con esponjas no ha sido mencionada hasta ahora ; de *E. typus* se sabe que hace un nido con ramitas, hojas secas y otros materiales blandos, y que nunca abre galerías bajo tierra como otros pequeños roedores argentinos de géneros más o menos afines. »

Piche. « *Zaedyus pichiy* » (*Desmarest*). — Al piche lo hemos visto muchas veces, en pleno día y en las horas de más sol, ampliamente distribuido en todo el Territorio, pero siempre al norte del río Santa Cruz. Este parece haber sido hasta ahora su límite meridional, lo que nos fué confirmado por viejos pobladores establecidos al sur de ese río. Creemos, sin embargo, de interés dejar señalado que ha sido recientemente encontrado un ejemplar cerca del puente de Güer Aike, sobre el río Gallegos, lo que indicaría que esta especie ha transpuesto ya aquella barrera. Nos inclinamos a interpretar este hecho, atribuyéndolo a la intervención del hombre.

LISTA DE LAS PLANTAS RECOGIDAS Y ENTREGADAS AL DEPARTAMENTO DE BOTÁNICA

En nuestro extenso viaje hemos recogido todas las formas que han estado a nuestro alcance. Como ya han sido señalados en este relato las características esenciales de la flora de las zonas visitadas, sólo nos resta dar la nómina de las especies vegetales distintas reunidas, las que han sido entregadas al Departamento de Botánica.

Debemos la clasificación de ese material al doctor Angel L. Cabrera en su mayoría, habiendo las gramíneas sido determinadas por el profesor ingeniero Lorenzo R. Parodi. A ambos hacemos llegar nuestro agradecimiento.

Hemos dejado expresamente el número que correspondía a los ejempla-

res en nuestro herbario y agregado los nombres vulgares de las plantas que tuvimos oportunidad de conocer, en la creencia que esa información podía ser útil. Se podrá notar que en algunos casos, plantas muy distintas, son designadas por un nombre vulgar común, como ocurre en las llamadas leña-piedra, por ejemplo. En este caso, la influencia del medio se ha traducido en aspectos similares actuando sobre plantas pertenecientes a géneros y aun a familias distintas.

1. *Chuquiragua aurea* Skottsb., « Uña de gato ».
2. *Verbena tridactyles* Lag.
3. *Stipa* aff. *speciosa* Trin. (Det. L.R. Parodi).
6. *Nardophyllum Kingii* (Hook. f.) Gray. « Mata verde ».
7. *Azorella monantha* Clos., « Leña piedra ».
9. *Berberis* aff. *cuneata* DC., « Calafate ».
10. *Stipa Neaei* Nees (Det. L. R. Parodi).
13. *Poa ligularis* Nees. (Det. L. R. Parodi), « Coerón de cañadón ».
14. *Juncus* sp., « Unquillo ».
15. *Senecio filaginoides* DC., « Mata mora ».
16. *Verbena thymifolia* Lag., « Mata negra ».
19. *Hordeum* sp.
20. *Atriplex lampa* Gill., « Sampa ».
21. *Acaena laevigata* Ait., « Abrojo de aguada ».
22. *Ranunculus cymbalaria* Pursh.
23. *Potamogeton pusillus* L.
24. *Coliguaya integerrima* Gill. et. Hook., « Duraznillo ».
25. *Mulinum spinosum* Pers., « Neneo », « Nineo ».
26. *Distichlis scoparia* Benth. (Det. L. R. Parodi).
27. *Plantago patagonica* Jaq.
28. *Erodium cicutarium*, L'Herit.
32. *Verbena Lorentzi* Niederl.
33. *Berberis heterophylla* Juss., « Calafate ».
35. *Bromus brevis* Nees. (Det. L. R. Parodi).
36. *Xanthium spinosum* L.
37. *Lilaeopsis* sp.
38. *Pratia longiflora* Hook. f.
40. *Polypogon interruptus* HBK. (Det. L. R. Parodi).
42. *Mimulus parviflorus* Lindl.
46. *Samolus spathulatus* (Cav.) Duby.
48. *Agrostis* sp. (Det. L. R. Parodi).
50. *Alopecurus antarcticus* Vahl. (Det. L. R. Parodi).
52. *Aster Vahlü* Hook. et Arn.
53. *Taraxacum Gilliesii* H. et A.
54. *Heleocharis albibracteata* Nees.
55. *Polypogon elongatus* L. f. (Det. L. R. Parodi).
56. *Polypogon monspeliensis* Desf. (Det. L. R. Parodi).
60. *Colobanthus Billardieri* Fenzl.
61. *Troximon pumilum* Wildem.

62. *Senecio albicaulis* H. et A., « Mata mora ».
63. *Adesmia boronoides* Hook. f., « Paramela ».
64. *Hypochoeris Hookeri* Phil.
69. *Senecio Quenselii* Skottsb., « Mata mora ».
71. *Satureja Darwinii* (Benth.) Briq., « Té pampa ».
72. *Nassauvia glomerulosa* Don., « Cola de piche », « Cola de ratón ».
73. *Perezia sessiliflora* Speg.
74. *Leuceria multifida* (DC.) Moore.
79. *Euphorbia portulacoides* (L.) Spreng., « Pichoa-Pichoga ».
80. *Atriplex sagittifolia* Speg., « Sampa ».
81. *Baccharis* sp.
84. *Ephedra nana* Dus., « Barba de chivo ».
86. *Boopis australis* Dcne.
88. *Adesmia trijuga* Gill., « Choique-mamoel ».
89. *Gnaphalium* sp.
90. *Discaria trinervis* (Poepp.) B. et H., « Chacay ».
91. *Festuca ovina* L. forma *glaucophylla* (Det. L. R. Parodi).
92. *Suaeda fruticosa* (L.) Forsk.
95. *Gentiana patagonica* Griseb., « Mujer al agua ».
96. *Verbena tridens* Lag.
97. *Adesmia filipes* A. Gray.
99. *Armeria chilensis* Boiss.
100. *Perezia linearis* Less.
101. *Viola auricolor* Skottsb.
104. *Leuceria patagonica* Speg.
105. *Moschopsis trilobata* Dus., « Leña piedra ».
108. *Pernetia* sp.
109. *Cerastium* sp.
110. *Perezia pilifera* Don.
111. *Nassauvia abbreviata* (H. et A.) Dus., « Cola de ratón ».
115. *Senecio psammophilus* Gris. var. *Dusenii* Macl., « Mata mora ».
116. *Stipa speciosa* Trin. (Det. L. R. Parodi).
117. *Perezia recurvata* Less.
119. *Rumex crispissimus* OK.
120. *Lippia seriphioides* H. et A., « Mata negra ».
121. *Cirsium lanceolatum* Scop.
122. *Bromus unioloides* L. (Det. L. R. Parodi).
123. *Lepidium* sp.
129. *Nitrophila occidentalis* Wats.
135. *Benthamiella montana* Dus., « Leña piedra ».
145. *Lippia foliosa* Phil. « Mata negra ».
148. *Phacelia artemistoides* Griseb.
149. *Fabiana patagonica* Speg.
150. *Schinus polygamus* (Cav.) Cabr. var. *australis* Cabr., « Molle », « Incienso ».
151. *Abutilon Vidali* (Phil.) Speg. (Det. A. P. Rodrigo).
157. *Boopis patagonica* Speg.
158. *Duseniella patagonica* (Hoff.)
159. *Nassauvia pentacaenoides* Speg., « Cola de piche ».

162. *Verbena connatibracteata* OK.
168. *Hippuris vulgaris* L., « Cola de zorro ».
170. *Lathyrus magellanicus* Lam. var. *Glaucescens* Speg.
172. *Lathyrus campestris* Phil.
173. *Deschampsia Kingii* (Hook.) Desv. (Det. L. R. Parodi).
175. *Hordeum* sp.
178. *Nicotiana corymbosa* Remy. var. *deserticola* Speg.
180. *Myriophyllum elatinoides* Gaudich.
181. *Oenothera mollissima* L.
183. *Quinchamalium chilense* Mol.
188. *Nothofagus antarctica* (Forst) Oerst., « Ñire », « Roble ».
190. *Cerastium strictum* L.
192. *Relbunium patagonicum* (OK) Schum.
194. *Melandrium magellanicum* Fenzl.
195. *Calceolaria biflora* Lam.
196. *Escallonia rubra* (Ruiz et Pav.) Pers.
197. *Escallonia virgata* (Ruiz et Pav.) Pers.
198. *Lathyrus nervosus* Lam.
199. *Senecio Smithi* DC.
200. *Rumex fueginus* Phil.
201. *Verbena erinacea* Gill. et Hook.
206. *Crepis virens* L.
207. *Collomia biflora* (Ruiz et Pav.) Brand
208. *Poa annua* L.
209. *Phacelia magellanica* Lam.
210. *Myzodendron punctulatum*, « Ramoneda ».
212. *Veronica arvensis* L.
214. *Hypochoeris radicata* L.
217. *Galium canescens* HBK.
219. *Berberis buxifolia* Lam.
226. *Blechnum penna-marina* (Poir), Kunth.
230. *Viola* aff. *triflabellata* Becker.
231. *Lepidophyllum cupressiforme* (Lam.) Cass.
234. *Suaeda maritima* L.
235. *Salicornia corticosa* (Mey.) Walp.
237. *Atropis parviflora* L. (Det. L. R. Parodi).
238. *Statice brasiliensis* Boiss.
240. *Senecio xanthoxylon* Phil., « Mata mora ».
241. *Azorella trifurcata* (Gaertn.) Hook.
242. *Eriachaenium magellanicum* Sch. Bip.
243. *Ranunculus Bovei* Speg.
251. *Marrubium vulgare* L.
252. *Urtica* sp.
254. *Trevoa patagonica* Speg., « Mala espina ».
255. *Ephedra andina* Poepp., « Barba de chivo ».
257. *Grindelia chiloensis* (Corn.) Cabr.
259. *Chuquiragua Avellanadae* Lorentz., « Uña de gato ».